

## **Recibimiento que se hizo en Salamanca a la princesa doña M<sup>a</sup> de Portugal, viniendo a casarse con el Príncipe Don Felipe II**

Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid nº 4013

Muy alto y muy poderoso y bienaventurado Príncipe.

Para que lo que en este itinerario se ha de decir llevase la orden que conviene, fuera necesario comenzar más del principio y referir las causas y justos motivos que la majestad del Emperador, nuestro señor, tuvo para encomendar esta jornada tan honorífica y tan importante a estos reinos al obispo de Cartagena, maestro y confesor de vuestra Alteza, y he determinado de no embarcarme en ello, lo uno por serle manifiestas y notorias y también porque habían de caer en otras manos más desenvueltas que las mías porque sin duda son dignas de historia y de quien se haga muy particular memoria y demás de esto, como mi intento sea cumplir como pudiere con el mandato de vuestra Alteza que solamente se extendió a lo que en este camino pasase, pareciome que excedía los límites del este tiempo, pues que corrió después que el despacho de su majestad llegó a Madrid hasta que el obispo salió de aquí; todo se gastó en aderezar lo que para este negocio convenía, el cual estuvo bien cerca de dilatarse por el gran disgusto que en estos reinos causo la venida de los turcos en Francia y las grandes muestras de guerra que en esta sazón de su parte había, concluyose finalmente así porque estas cosas iban más a la larga de lo que esta negociación sufría, como por la mucha priesa que de Portugal daban de terminado pues que esto se efectuase y avisado el duque de Medina Sidonia que fue el segundo a quien el trabajo de esta jornada se encargó.

Miércoles que se contaron XXVI de Septiembre de mill y quinientos y quarenta y tres años, salió el obispo de Valladolid a las dos horas después de mediodía con la orden y aparato siguiente: fueron delante de él a buen trecho ochenta acémillas con otros tantos reposteros de sus armas y las ocho en que iban tres camas y capilla llevaban reposteros de grano fino y los escudos y letreros y capelos y cordones y todo lo demás tocante a las armas y debisa y orlas de sedas muy finas de colores y recamadas de oro. Salieron demás de éstas, otras muchas acémilas así de las que llevaban botillería y cocina y otras cosas necesarias, como de los que acompañaron al obispo en este camino todas con reposteros que no fue pequeño número y llevaban estas ocho acémilas que digo ocho escuderos de pie con una librea de terciopelo morado con sus chapeos y plumas del mismo color cada uno con su partesana, tras de estos iba un trompeta con la misma librea para juntar y encaminar la gente y despertarla a las mañanas y de esto sirvió a ida y venida todo el camino. Siguiéron luego tras de éste toda la familia del obispo diferentes ropas y atavíos según la diversidad de sus profesiones y oficios porque a todos hizo muy largas y cumplidas ayudas de costa, tras de estos salieron todos los más principales que en la corte a la sazón se hallaron, así de los servidores y amigos del obispo como de todos los demás que sabían que en ello servían al príncipe, nuestro señor, y así fue muy grande la multitud de gente de todos estados que le acompañaron en esta salida, último de todos salió el obispo en medio de Badajoz; y luego con una ropa rozagante de chamelote de seda negra aforrada de pelfa del mismo color, con un chapeo de seda negro muy grande a la forma italiana; llevaba delante de sí doce lacayos muy dispuestos con cueras de terciopelo negro y calzas de refino acuchilladas con sus tafetanes y chapeos de velludo, con sus capas de contray negras con su guarnición de terciopelo negro; tras de él iba su caballero vestido de terciopelo morado golpeado tomado con sus cavos de oro con calzas y jubón amarillo con un manteo de grana y un chapeo de seda del mismo color con un cordón grueso de oro, éste guiaba veinticuatro pajes en sus caballos muy buenos vestidos de terciopelo negro con mantas de grana fina guarnecidos de carmesí con chapeos de la misma seda y color fueron todos estos que tengo dicho en esta misma orden hasta palacio porque así lo había enviado a mandar su Alteza donde el obispo se apeo a le besar las manos y se despedir de él y tornando a cabalgar dio la vuelta por San Quirce y siguiendo la calle sobre mano izquierda pasado el lago Quezo guió a la puerta del campo. Fue esta partida bien solemnizada y acompañada de toda la nobleza cortesana y muy mirada y regocijada de toda la otra multitud promiscua. Esa noche llegó a Baldastillas bien tarde

donde esperó algunos caballeros de los que le habían de seguir en esta jornada hasta el fin; los nombres de los cuales son los siguientes:

Don Alonso Enríquez, abad de Valladolid traía cuatro acémilas de repuesto con sus reposteros, un capellán, un mayordomo, un enano, con veinte criados, la librea era negra, la guarnición de seda del mismo color.

Don Diego de Córdoba, hijo del obispo de Plasencia, con tres acémilas de repuesto, dos capellanes y hasta diez criados con librea de contray y guarnición de terciopelo negro.

Don Rodrigo Manrique, hijo del cardenal don Alonso Manrique, llevó el repuesto y la librea tan encubierta y divisa de todos los otros que no hay hombre que pueda dar testimonio de ello. Fue harta ocasión para tratar en particular de su recámara, un sayo de terciopelo negro algo traído con que salió, el cual tenía en los pechos una señal del hábito de Santiago de donde días había que le habían dado, ya que hubo algunos que dijeron que se lo habían prestado para este camino y que le quitó la cruz porque él no es de la orden. Otros sospecharon que el tenía este sayo con esta cruz para ir de camino y que se había aprovechado de él en Sevilla pero lo que por más cierto se tiene es que el estaba esperando que viniese la merced que su majestad le había hecho de un hábito y porque no le tomase desapercibido tenía puesta la cruz y esto parece lo más verosímil porque él pidió licencia al conde de Osorno para que le dejase traer el hábito en este camino pues era cosa de creer que su majestad hubiese ya firmado la merced sobre dicha allá en Flandes, todo lo demás que toca a este caballero otros cronistas han hecho más larga memoria, a ellos me remito, pues mi propósito no fue decir más de lo que en mi presencia pasó o lo que por relación fidedigna se pudo saber.

Don Francisco de Aguayo, paje de su Alteza, salió en cuerpo con un sayo de carmesí bordado de torsales de la misma seda con muchos lazos, sembrado todo de flores de oro, con la guarnición del caballo de lo mismo: llevaba un collar de oro con un chapeo de seda colorada, con un cordón grueso de oro, traía cuatro lacayos con casacas de terciopelo negro con fajas anchas de terciopelo azul y unas caperuzas de la misma seda y color con torsales y borlas de oro y tres pajes de la misma librea en sus caballos y tres acémilas de repuesto.

Rodrigo Zapata, caballero de la orden de Santiago, vecino de Madrid, traía dos acémilas de repuesto con hasta seis criados de librea de contray con guarnición de terciopelo negro.

Don Lope Zapata, su hijo, paje de su Alteza, sirvióse de todo el aparato de su padre, llevó una capa de grana con unas franjas de oro y azul alrededor sirvióse de ella; ahí doy vuelta [?]

Gaspar Osorio, caballero de la orden de Santiago, vecino de Valladolid, cuñado de don Alonso Enríquez, abad de la dicha villa, tres acémilas de repuesto; traía muchas martas

y collares de oro, no dio librea, llevaba tres criados.

Sotomayor, alguacil mayor de la Chancillería de Valladolid, cuatro acémilas de repuesto y hasta seis criados con una librea de contray con la guarnición de terciopelo negro y las mangas izquierdas a bandas de paño y seda.

El capitán Gonzalo de Olmos, dos acémilas de repuesto, dos pajes en sendos caballos con una librea negra y su persona muy galán con muchas piedras y mucho oro que trajo de las Indias.

El doctor Sepúlveda, cronista de su majestad, dos acémilas de repuesto y cuatro lacayos con librea azul y dos pajes de librea negra en dos mulas y otro capellán en otra.

El doctor Pesquera, hermano del embajador de Portugal, iba ahorrado con dos mozos vestidos de negro sin guarnición ninguna.

Comendador Ortiz de la cámara de su Alteza llevaba una acémila de repuesto, dos mozos con su librea negra y un paje en un caballo con la misma.

El licenciado San Martín, canónigo de Segovia, una acémila de repuesto con cuatro lacayos de librea negra y un paje y un escudero de lo mismo.

Cepeda el viejo, canónigo de Plasencia, dos acémilas de repuesto y cuatro lacayos y un paje con una librea negra y la guarnición de terciopelo negro.

Cepeda el mozo, canónigo de Coria, atúvose a su tío en el repuesto y llevaba dos mozos pulidos, con librea negra sin guarnición.

Juan de Reza, músico y capellán de su Alteza, fue muy honesto clérigo sin aparato ni librea más de la que usa en corte.

Antonio Cabezón, organista, le siguió en esto y en el cantar y no en la gana de hacello porque ésta pocas veces la tuvo buena en todo el camino.

El alcalde Castillo, a quien se encomendó la justicia de esta jornada fue con dos acémilas de repuesto y con dos pajes y un escudero la librea negra sin guarnición llevó ropas ricas y honestas y cuatro alguaciles bien aderezados con buenos caballos y atavíos y libreas.

El maestro Baigas, con el repuesto y librea que el príncipe, nuestro señor, mandó refirióse al mayordomo Aguilar de la Cueva y a sus recamados.

Alonso Maldonado, corregidor de Carrión, dos acémilas de repuesto y dos caballos muy hermosos con una librea amarilla con hasta cinco criados, sirvió al obispo en este camino de mayordomo.

Toda la otra familia del obispo que fue harto copiosa con muchos oficiales y todos muy bien ataviados especialmente Aguilar de la Cueva, capellán y mayordomo suyo, fue muy diferenciado de todos los otros, llevaba una ropa de terciopelo extranjera aforrada de raso para el camino y otra de tornasol con un recamo de oro, de ésta quiso usar el día de la boda de sus Altezas y por cierto impedimento lo dejó. Dio tres libreas de las cuales porque otros han hecho muy larga mención no digo más.

A todos estos que arriba he referido y otros muchos que por el camino se juntaron con el obispo, desde que salieron de Valladolid hasta que volvieron, el obispo dio ración muy cumplida y subió la cosa a tanto que pasaban de setecientas raciones las que cada día se daban a mozos y pajes y cabalgaduras porque los señores siempre comieron en la mesa del obispo la cual fue tan magnífica y espéndida que no hubo que desear así de las cosas necesarias como de las extraordinarias que ni hizo falta la mar ni se hechó menos Valladolid ni Valencia ni Toro ni San Martín ni todos los demás lugares a quien el vino hace ilustres y señalados.

Otro día siguiente, llegó a Medina del Campo a mediodía salióle a recibir el corregidor y regimiento, comieron con él muchos caballeros. Visitó aquella tarde al doctor Beltrán en cuya casa posó porque estaba retraído en un monasterio y a Hernando Pizarro, salió de aquí con él para esta jornada el licenciado Pereira, médico, y siguióle hasta Badajoz. Viernes siguiente, después de comer, partió de allí para Cantalapiedra y yendo ya cerca del lugar, en un arroyo pequeño que se llama el arroyo del Fiexvo[sic] bien lleno de cieno, queriendo beber un macho de los de la litera en que a la sazón iba el obispo, entró tanto por el arroyo y cieno que se sumió del todo sin que de él cosa se pudiese ver y el agua y lodo entró a rienda suelta por la litera y hinchola toda y el obispo salió de ella en hombros de dos lacayos con gran trabajo y alteración y la litera salió de aquel lugar con no

pequeña dificultad porque cuanto más los machos procuraban de salir tanto más andaban en el cieno con las fuerzas que ponían saliendo de allí le dieron algunas gracias por algunos caballeros y algunas frialdades por otros no las escribo por igualarles la sangre. Esa noche se pasó en Cantalapiedra con la contemplación de este caso y con los remedios de Rodrigo Zapata y glosas de don Rodrigo Manrique.

Sábado siguiente, llegó a las Villorias donde se pasó la noche con la música de Antonio y Resa.

Otro día Domingo, llegó a las tres después de mediodía a Salamanca; salió a recibir el regimiento y toda la Universidad. Digo los individuos de ella sin insignias ni solemnidad de universidad, hubo gran concurso de gentes en especial de estudiantes y colegiales de todos los colegios, cenaron con él esa noche muy gran copia de caballeros y letrados hízoles un solemne banquete.

Otro día de mañana, aconteció que un portugués, el cual había venido a traer cierto recado a Salamanca como vido el gran ruido de la gente preguntó que quién iba por la Señora princesa, su señora, y acaso se acercó presente un cursado papiso, el cual se respondió: señor, el obispo de Cartagena maestro del príncipe hombre de gran autoridad y que también iba el duque de Medina Sidonia con muchos caballeros de sus parientes y amigos. Al portugués le pareció todo poco y dijo: «e vos zumbais voto a Deus enemigalla aynda que vaya o arzobispo de Toledo ni el Papa vota Deus», y comenzose de enojar como si le hicieran una grande injuria. El estudiante le dijo: «por cierto no sé yo quién pueda ir pues esto no le agrada sino es que la traiga el recuero de Salamanca».

El portugués ya no pudiendo sufrir tan gran blasfemia puso mano a la espada y por presto que se desenvolvió ya el estudiante le tenía asentada una cuchillada en la cabeza.

Este mismo día, el obispo partió de Salamanca a las siete de la mañana, salió con él y acompañó todo el camino el canónigo Pereira con dos acémilas de repuesto y seis lacayos con una librea de paño leonado y las mangas izquierdas de terciopelo del mismo color y toda la librea guarnecida de fajas del mismo terciopelo con tres pajes en tres caballos de la misma librea.

Esa noche fue a dormir al Endrinal donde parecieron muchas señales y argumentos de la bondad y caridad que desde su primer principio el obispo tuvo, porque viniéndole a ver algunos labradores pobres del lugar muy regocijados, hablándole en cosas pasadas de aquellos tiempos y presentándole sus pobres dones, él hablaba y se regocijaba con ellos con tanta llaneza y familiaridad como si todos los tiempos fueran iguales. Solía pasar el obispo, siendo canónigo en Coria, por este lugar viniendo de Salamanca y acaso un día diciendo misa en este mismo lugar el cura pidióle limosna para una mujer vieja y pobre que estaba allí entonces y el obispo la quiso ver y conocida su necesidad le hizo larga limosna y le compró una casa en que viviese y la sustentó hasta que murió y porque la vieja tenía muchas enfermedades y no podía salir a oír misa a la iglesia el obispo le dio un ornamento para que con él le dijese misa en casa.

Otro día siguiente, partió de aquí y fue a dormir a la Calzada, tierra del duque de Béjar donde le fue hecho un presente de muchos venados y otras cazas.

Otro día, partió de aquí y fue a dormir a Aldeanueva del Camino y acaso esa noche a hora de las doce llegó un hidalgo portugués por la puerta, el cual traía el retrato de la princesa mejor sacado que dos otros que habían enviado al príncipe, nuestro señor, porque se había de enviar a su majestad porque lo había enviado él a pedir desde Flandes y entre otras cosas que a solas con el huésped comenzó a tratar, fue la principal de la hermosura de la princesa, nuestra señora, y puesto en una gran contemplación y muy entonado dijo:

«Ahora vos hosped non vedes amereced que un rey meo señor a feiro a Castela en dar sua filla a o príncipe».

Jueves siguiente, salió de aquí y pasó las ventas de Cáparra y fue a dormir a Carcavoso jurisdicción de Galisteo, que es del conde de Osorio; y media legua antes de llegar al lugar, hallé una columna bien grande algo apartada del camino en que estaban estas letras siguientes.

IMP CAESAR DIVI TR[I]ANI PARTHICI. F. DIVI NERVAE NEPOS TRA IANUS ADIANUS  
AUT PONTIF. MAX. TRIB. POTU COSNI RESTUITUIT CII.

Diome gran motivo esta piedra para creer por cierto lo que yo había pensado de esta vía militar que ahora llaman de la Plata en cuanto a la medida de las leguas que ahora usamos que son cuatro mil pasos por legua por tierra y por mar es otra cuenta y parece esto claro, midiendo la distancia que desde esta columna hay hasta los lugares por donde pasa esta calzada sale la medida cabal sin sobrar ni faltar XX pasos y esto mismo pone por la distancia que hay de piedra a piedra la cual yo medí con un cordel. Esa noche, en este lugar, le hicieron por mandado del conde un suntuoso y solemne presente de todo género de volatería, con muchos carneros y cabritos y conejos y liebres y gamos y mucha copia de frutas y pan y vino y cebada en excesiva cantidad; estando aquí pasó un correo, que venía de Portugal, y dio nueva como el príncipe estaba muy peligroso de unas viruelas, lo cual causó muy grande sospecha de larga dilación en la venida de la princesa por lo que adelante se dirá.

Otro día de mañana, partimos de aquí y llegamos a hora de misa a la Fuensanta de Galisteo, donde el obispo dijo misa y en este monasterio hallé una piedra quebrada que habían traído de Mérida, en el fin de la cual estaban estas letras.

REQUIEVIT IN DOMINO VIII KALEN. SEPTEMB. AERA DXLVIII.

Aquí le hicieron otro presente de muchas maneras de pescados frescos y empanados y muchas frutas de sartén y verdes. Salieron de Plasencia muchos canónigos a ver al obispo y eso mismo de Coria, de donde también vinieron mucha copia de mujeres pobres a quien el obispo da de comer y casa por amor de Dios desde que allí era canónigo hasta ahora. Esa noche durmió en el Cañaveral y pasadas las varcas de al coneta [?].

Otro día, llegó Alcázar de Cáceres, donde estuvo ese día que fue sábado.

El domingo siguiente, llegó a Cáceres temprano y a media legua del lugar salió el bando de los Caravajales a caballo. Con sus caperuzas asestadas y sus barbazas largas, los caballos luengos y flacos con guarniciones de libreas por que las sillas eran de la gineta y las guarniciones de la brida muchas de ellas de cuero de javalí las espuelas del arcanalete que picaban debajo de la coraza, gente de la frontera del tiempo de Fernán González; tras de estos salió el corregidor bien un cuarto de legua atrás y con él la cuadrilla de los Ovandos algo de mejor parecer que los primeros aunque todavía hubo muchas caperuzas y estriberas del tiempo del Cid, hubo entre ellos algunos bien en orden, en buenos caballos que pudieran parecer en Ocaña, los unos y los otros acompañaron al obispo. Todo cuanto allí estuvo y así como llegaba alguna parte dividíanse los unos de los otros y aguardábanse así hasta que salía. Este día visitó el obispo a doña María de Vargas, hermana del obispo de Plasencia, que estaba presa y con mucha guarda en las casas de consistorio porque le acusaron la muerte de aquel caballero que después degollaron. En la plaza de esta villa estaba una estatua de piedra de altura de doce palmos y bien labrada, tiene una ropa talar bien hecha y el brazo derecho puesto en la cintura y en el izquierdo un cuerno grande lleno de diversas frutas, dice el vulgo que es de la diosa Ceres; falso su como sea Pomona. Hay otras muchas estatuas arruinadas y gastadas, no tienen letras ni insignias por las cuales se pueda conocer cuyas sean. Así mismo, en este lugar, está en una casa de una mujer pobre al pie de una escalera una piedra bermeja y muy pulida de altura de dos palmos y medio y un palmo en ancho cuadrada y en los dos lados dos penachos labrados y en el frontispicio estas letras muy bien tajadas y claras:

IMP. CESARI SEPTIMIO SEVERO PERFIACI IMP. CAESARI LUCIO SEVERO SEPTIMIO  
PERTINACI AUT PONT MAX TRI B. P.O T. II. IN P. III. COS. II PRO COS. P P OMPTIMO

FORTISSIMO PROVIDENTISSIMO Q. PRINCIPI EXAR G. P X CD IULIO CELSO ET L.  
PETRONIO. III. G. P.II.V.D.D.

Saliendo de aquí en el mismo Cáceres, junto a San Francisco, a la mano derecha en un pilar están estas letras:

IMP. CAES.DIVI  
VESP.D. DOMICIANUS  
AUG. GERM PONT  
MAX. TR.POT VIII  
IMP. XVIII COS. XIII  
CENS PERP.P.P.PON.

Estaba ésta quebrada. Aquí hizo el obispo un muy solemne banquete a aquellos caballeros aquella noche y otro el día siguiente a comer, acabada la comida partió de allí acompañado de todos estos hasta una legua de la villa y fueron con él hasta Badajoz Juan de la Pena con otros seis caballeros de los más principales de Cáceres hízose con ellos lo que con los demás en cuanto a las raciones.

Esa noche fue a dormir a la Aldea (del) el Cano que es tierra de Cáceres de donde dista por cuatro leguas, es de la diócesis de Coria, en este lugar en mi posada estaba un negro cautivo de edad de ocho años, hijo de un esclavo negro, de Juan de Sande, el viejo, hermano de Don Bernaldino Caravajal, cardenal de Santa Cruz, y de una esclava negra que servía a las monjas de Jesu; el cual nació con dientes los mismos que ahora se tiene y cabello en todas las partes que suele nacer a los hombres puestos y con grandeza proporcionada a hombres en todos los miembros viriles, siendo de seis años conoció carnalmente ciertas mujeres, es bajo de cuerpo y muy recio y ligero, nació dentro del dicho monesterio y estaba en él y siendo de cuatro años, visitando el obispo de Coria, se lo mando quitar y se lo hizo dar al coronel Enriques. En este mismo lugar, estaba un puerco de once cuartas en largo desde el cocete hasta el nacimiento de la cola, había otro de solas cuatro de altura, es como un puerco de buena estatura de manera que tiene la cola en el lomo y la cabeza tiene metida entre las dos espaldas, es muy gordo y bravo; todavía ganó la vieja cuyo era para comer un mes de lo que le daban los que lo iban a ver y aún para sustentar una lámpara que por su devoción tiene en la tavern. Aquí vino un freile cura del arogo de Mérida el cual es de la orden de Santiago con el vicario de Villagarcía para acompañar el Obispo.

Martes siguiente, que se contaron nueve de octubre, partió de aquí y fue a dormir a Mérida y llegando a media legua de ella, salió don Luis Manrique a recibir al obispo y acompañalle en esta jornada, traía un caballo rucio rodado estremadamente bueno, vestido de una marlota colorada con una lanza de dos hierros muy larga con una veleta colorada con todo el otro atavío de turco, con muchas medias lunas; traía tras sí dos pajes vestidos de carmesí pelo con fajas de terciopelo morado encima de dos caballos muy buenos, el uno traía un morrión dorado y una lanza de dos hierros y una veleta colorada y copia de lunas, el otro traía una espada morisca con una rodela dorada y una diadema turca; venían otros cinco pajes de la misma librea encima de otros cinco caballos muy buenos todos enjaezados muy ricamente y el uno con una silla de marfil y estribos a la truquesca, traía seis lacayos de la misma librea de paño con dos acémilas de repuesto con dos reposteros de sus armas; escaramuzó un rato muy bien y con él y con otros caballeros que le salieron a recibir. Entró el obispo en Mérida y posó en la casa de don Hernando de Bera, estuvo aquí esa noche y todo el día siguiente. Estuvo aquí el comendador Fuentes de Sevilla, pariente suyo y otras personas muchas de Villagarcía y y Llerena, vino con don Rodrigo de Aguayo, hijo de don Francisco de Aguayo. El Jueves siguiente, partió de Mérida y acompañole el corregidor y don Hernando de Vera hasta Badajoz con otros muchos caballeros que salieron de esta comarca. Este día llegaron don Luis Zapata y don Hernando, su hermano, con otros caballeros servidores y amigos viejos del obispo, los cuales todos le acompañaron hasta Badajoz. Comenzó aquí a crecer el número de los que se habían juntado con él en gran cantidad porque de solos los que comían a su mesa de quien se debe hacer cuenta pasaban de setenta sin otros

sobresalientes que iban y venían cada día; estando aquí se enviaron un presente desde Cáceres de buenos javalíes y venados.

Otro día siguiente, que fue viernes, partió de aquí con esta compañía tan honrada y quedó esa noche en Talavera que es una villeta que dista de Badajoz por tres leguas, a donde esperó nuevas del duque y sabido que aun no era llegado de termino. Otro día sábado, que se contaron trece de octubre, de entrar en Badajoz donde le salió a recibir el cabildo de la iglesia y provisor hasta más de dos leguas y volvieron para recibirle con procesión y pompa como acostumbran a su mismo perlado porque así les estaba mandado del que lo es, pero el obispo no se lo consintió, acercándose pues a las huertas de la ciudad salieron juntos el regimiento y clerecía y fueron con él hasta las casas episcopales donde ya le tenían hecho el aposento en esta forma. Pasado el primer San Juan [zaguán?] y el patio grande que la casa tiene, está una gran sala, ésta tenían ya entoldada de buena tapicería con un dosel muy grande de brocado enfrente de esta estaba puesto un aparador grandísimo con muchas maneras de plata dorada y blanca y mucha diversidad de piezas de extrañas y hermosas hechuras, con dos blandones muy grandes y de muy exquisitas labores para su valor de 200 mill [sic] ducados, comprada de sus propios dineros sin que se mezclase con ellos una onza de plata prestada; pasada la gran sala que ya dije, estaba una cuadra entoldada de paños de seda morada a piernas y damasco del mismo color, al cabo de ella estaba armada una cama de campo dorada con unas cortinas y cielo de brocado morado muy rico con las goteras de terciopelo del mismo color y sus franjas de oro, estaba otra cuadra junto a ésta entoldada con ocho reposteros de grana bordados de seda con una cama de grana bordada muy ricamente con unos largos de terciopelo morado; estaba junto a esta cuadra una sala entapizada de figuras que contenían la historia de so [sic]amas y un dosel al cabo de brocado morado donde se ponía otra mesa para los que no cabían en la primera aunque era bien larga, había en lo alto otras dos piezas grandes entapizadas con otras dos camas la una verde y la otra de grana en que dormía el obispo y algunos caballeros que acertaron a pasar con él; esa noche llegó Juan de Vargas, hermano del obispo de Plasencia, a acompañar al obispo, venía muy rico de ropas de seda y mantas con buen repuesto y muy galana librea. Pasado el domingo, túvose nueva como el duque vendría el día siguiente y así el obispo se aparejó para el recibimiento con algunos caballeros de la ciudad que se juntaron con él para este efecto. Lunes pues a los 15 de octubre, a la una después de mediodía, llegó el duque de Medina Sidonia a Badajoz y ya que estaba cerca de un tiro de ballesta de la ciudad salió el obispo a recibirle con todos los de su cuadrilla y con otros caballeros de la tierra que con él se juntaron.

La orden de su entrada fue ésta: el día pasado había enviado hasta doscientas acémilas con reposteros sin otras muchas que los días antes de éste habían traído cosa de botillería y cocina; entraron delante de él, algo apartados, hasta XXX caballos de diestro sayos y de los que con él venían sin jaeces ningunos, desde a un rato siguieron a éstas 44 pajes encima de otros tantos caballos uno en pos de otro hechos una hilera muy larga con unos sayetes de terciopelo amarillo con dos tiras angostas, la una de seda azul y la otra rosada todos en cuerpo con sus espadas ceñidas sin otra cosa encima; tras de estos venían dieciséis pajes del conde de Niebla con una librea de terciopelo morado, con dos tiras blancas por guarnición; en la misma postura y orden que los otros venían luego tras ellos doce cazadores del mismo conde con sus halcones y aparejos de caza vestidos de la misma librea salvo que era paño; tras de estos venían dos maneras de trompetas unas italianas y otras españolas hasta en número de dieciséis, seguían a estos hasta ocho atabaleros vestidos de la librea del duque tocando todos a bulto; después vinieron seis italianos con sus biguelas de arco y su librea, tras de estos venían ocho indios de la misma librea con unos escudos redondos y grandes de plata y en medio de cada uno un águila que tenía las armas del duque y de la duquesa que son las mismas del Rey católico, estos traían cherimias y sacabuches y al dicho de todos muy singular y dulcemente tañían; venían tras de estos doce lacayos del conde de Olivares de tres en tres vestidos de la misma librea que sus pajes porque traía doce pajes en otros tantos caballos vestidos de terciopelo negro con las mangas bandadas de terciopelo blanco, venía luego el conde de Olivares con cinco o seis caballeros, tras el conde venía dieciséis lacayos de don Juan Claros vestidos de la misma librea que sus pajes, que tras de ellos el mismo don Juan Claros, conde de Niebla, con siete o ocho caballeros tras de estos venían XXX lacayos del

duque vestidos con cueras de terciopelo amarillo y fajas como los pajes y gorras de grana con plumas blancas y calzas de terciopelo amarillo y tafetanes morados. Tras ellos venía el duque con un sayo de terciopelo negro y un jubón de raso negro acuchillado y un capote de paño negro con dos tiras de terciopelo acuchilladas y un chapeo de terciopelo negro con una pula negra y una medalla de un rubí bien grande a la mano derecha, venía Hernán Darías de Sahavedra y a la izquierda el conde de Bailén vestido de luto con un sombrero de fieltro tan antiguo como el conde Claros; tras los tres venían dos pajes del duque con la dicha librea en dos caballos muy buenos y bien aderezados, el uno con una balija de terciopelo amarillo y fajas de terciopelo azul y encarnado y el otro con una lanza gineta; tras los dos pajes venía una litera de raso carmesí llana y la cubierta y sillones de los machos de lo mismo, venían así mismo dos hijos del duque de Béjar en medio de otros caballeros del Andalucía los cuales dieron muchas y muy buenas libreas de seda porque traían gran repuesto el cual dejó de decir por ser cosa larga; traía así mismo el duque tres locos, el uno se llamaba Calabaza y el otro Cordovilla y el otro Hernando, tan diferentes en lo loco cuanto lo fueran en el seso si lo alcanzaran, el uno natural bobo, con ciertas puntas y collar de interés al y los otros dos fingidos o artificiales locos y naturales trovadores; el Cordovilla excedía en habilidad de trovar, el otro en decir malicias y ser entremetido; venía entre ellos un enano del duque tan de buena conversación cuanto era grande de cuerpo. Salido pues el obispo como hemos dicho con su acompañamiento a recibir al duque, iba delante de todos los del obispo don Rodrigo Manrique, hijo del arzobispo de Sevilla, sirviólo de maestro de ceremonias en este paso porque el decía al duque quienes eran todos los demás caballeros, como llegó el obispo donde el duque venía, él se paró y todos uno a uno le llegaron a besar las manos y llegado el obispo que traía a su mano derecha al abad de Valladolid y a la izquierda el alcalde Castillo hizo su acatamiento al duque y el duque a él, y el obispo tomó al duque a su mano derecha y todos los otros adelante; comenzaron a caminar a la ciudad y así entraron hasta posada del duque y dejándole allí fuese el obispo con su compañía a la suya la cual sin proporción era mayor que la del duque, la posada del cual tenía siete piezas pequeñas y una sala grande y un corredor mediano y otro medio en que estaba el aparador bien proveído de plata aunque no muy lucida digo la blanca porque la dorada era muy buena y muy galana, estaba dividido en tres que muy grandes los dos de plata blanca y el otro de dorada solamente, tenía así mismo muchas vacías y muy grandes de plata y ocho grandes cántaros conque traían agua, tenía muy buenos blandones y muy bien labrados la casa toda estaba de esta manera entoldada. La primera sala de brocado y debajo del brocado tenía otro entoldamiento de muy rica tapicería en la cual estaba colgado un dosel de brocado de tres altos con las armas del duque ricamente bordadas, más dentro había otras seis piezas colgadas, así mismo de brocado con otro entoldamiento debajo a la forma del primero tenía armadas tres o cuatro camas muy ricas de brocado y de la una de ellas era toda de plata el armadura, estaban los corredores de fuera muy ricamente entoldados de riquísimos paños en los cuales estaban los trabajos de Hércules y cierto en esto y copia de brocado y plata fue tan excesivo el repuesto del duque que no le llegó ni con gran parte ninguno de los que de Portugal venían ni aun de los que de acá iban y no creo había quien diga lo contrario sino fuere algún hidalgo portugués qui [...?]; tenía el duque frontero de su casa otra donde posaba el conde de Niebla, su hijo mayor, estaban en ella dos salas entoldadas, la mayor de unas cortinas de brocado a piernas y otras de terciopelo morado, la otra toda de brocado a piernas las unas de tres altos y las otras de tela, en la postrera estaba una cama de campo de plata con un cielo de brocado de tres altos y debajo de ella unas cortinas de tela de oro con unos lazos de plata muy espesos como [redropies?] y tres mesas con sus sobremesas de tela de oro con sus cofres cubiertos de unas redes de plata con mucha preseas y atavíos de este jaez. El conde de Olivares no hizo tan grande fausto porque se atuvo al del duque, su hermano, mas de que el día de la entrega fue muy gentil hombre y en un caballo muy lindo a la gineta muy bien enjaezado, con una borla de cerdas de caballo blanca colgada del cuello del caballo con una gruesa cadena de oro. El conde Baylén siguió este mismo norte en todo con el conde de Olivares, todos los demás vinieron medianamente y poco más costosos que solían y en el número ya dicho porque nunca jamás faltaron cuarenta a la mesa del duque y de ahí no subían puesto que supe de personas fidedignas que tenía de costa cada día cuatrocientos ducados.

El viernes siguiente, como el duque y los demás con el obispo y pasaron todo el día con mucha alegría y regocijo de música de Resa y Antonio y de los locos que el duque traía los



cuales lo hacían bien. El domingo siguiente, el obispo fue a misa a la iglesia mayor, donde hubo sermón del licenciado San Martín, y ese día hizo un gran banquete a muchos caballeros del duque y de la ciudad y de cada día crecía y se aumentaba gente en su casa y mesa a tanto que no cabían en la posada ni mesas por muchas que se ponían. Pasaron pues en estos intervalos lunes y martes y miércoles en la tarde que se supo como la princesa sería el jueves en Elvas y así comenzaron a venir portugueses embozados a ver lo que pasaba; túvose con ellos mucho comedimiento y jamás quisieron descubrirse ni comer ni hacer colación hasta que se tuvo un ardid que se les puso en una cámara apartada la comida y cerrada la puerta, comían sin que nadie les viese ni subiese allá, era grande el disfraz que hacían de todo cuanto se les mostraba puesto caso que algunos traían tinta y papel para ver lo que pasaba y escribillo; dijeron muchas portuguesadas semejantes a las que suelen las cuales dejó por evitar prodigidad y contar lo que toca a nuestra jornada pues en otra parte podrá venir más a propósito. Detúvose pues este jueves la princesa en este [moz ?] a cuya causa no vino esa noche a Elvas hasta el viernes ya tarde, venían con ella gran número de gente de acaballo sin los señores y hombres de cuenta porque toda la tierra comarcana y aun de 15 leguas alrededor concurren y la acompañaron hasta la raya; pasaban, según creían algunos, de seis mill [sic] caballos, y a mi juicio no bajaban de cuatro mill, con dos mill y setecientas acémilas, que traían otros tantos reposteros y más de tres mill sin ellos; venían todos los portugueses en sus caballos con sus capuces fijados y mucho del pelote de chamebote, todavía venían muchos hidalgos con mucho galantes berretes ricos de puntas de oro, traían muchas cadenas y sus mozos sus xaquinas rodeadas al cuerpo y sus capas en los hombros con sus mandiles en las manos mandilando los caballos de sus amos como es costumbre en Portugal. Llegada la princesa a Elvas los que traían despacharon esa noche un correo al duque y al obispo en que se les significaban que si querían recibir el sábado siguiente la princesa que estaban ellos aparejados a entregársela. Consultando la cosa hubo diversos pareceres unos temiendo la mudanza que suele haber en semejantes casos y el peligro que se suele seguir de la tardanza en negocios de esta calidad deban priesa que luego el sábado la recibiesen al cabo resolviéronse en que no se hiciese hasta el lunes por contemplación de la ciudad que se quejaba que no tenían aparejado su recibimiento. Venido el sábado el duque envió a su hermano, el conde de Olivares, a Elvas para que de su parte visitase a la princesa y el obispo hizo lo mismo con el abad de Valladolid, don Alonso Enríques, pasado esto comenzose de tratar entre los de allá y de acá sobre las preeminencias y mejorías de lugares y barajose la cosa de tal arte que estuvo apunto de correr riesgo la entrega porque los que habían de entrar en Castilla con ella querían muchas ventajas y precedencias que en la verdad o no les pertenecían o eran nuevas entre el duque y el obispo; no hubo discensión porque los había ya concertado una instrucción que trajo Ruy Gomez trinchante del príncipe, nuestro señor, firmada de su nombre y refrendada de Gonzalo Pérez, secretario del Rey, en que daba orden en este negocio. Estaba pues la dificultad entre el duque y el arzobispo de Lisboa y Luis Sarmiento, embajador que era del Emperador y caballero que ahora es de la princesa y Gaspar Caravalló, embajador que llaman los portugueses de palacio y embajador del Rey de Portugal en Castilla. Cada cual de estos alegaban sus razones para el primer lugar uno por vía de parentesco real y la dignidad arzobispal y para ser criado la princesa parecía que no pedía injusto otro porque el oficio que había tenido y pretendía no habersele acabado hasta haber llegado a la corte del príncipe porfiaba en ello, el Caravalló allegando que desde luego había de usar de su oficio y así quedaba en su derecho claro. Estando la cosa en estos términos, andaban de un cabo a otro medianeros dando y tomando, de parte del duque, su hermano, el conde y del obispo, el abad de Valladolid, don Alonso, y ya que la cosa se traía a concordía, el duque de Medina tornó a enviar de nuevo otro correo para que hiciese saber aquellos señores que en ninguna manera recibiría la princesa sino se daban a él la mano derecha y el supremo lugar en ya [ella?] domingo en la tarde y la cosa como tengo dicho había de ser el lunes siguiente bien de mañana y fue tan grande la alteración que hubo entre aquellos caballeros portugueses que no pudo ser mayor.

El lunes de mañana, todos se aparejaron para la entrega pretendiendo los unos salir con su intención contra los otros y así andaban de un cabo a otro copia de correos y mensajeros con ofrecimientos de partidas y con este crédito comenzar a venir portugueses y entrar en Badajoz con muchos repuestos así de la princesa como de todos

los otros que con ella venían y así mismo el duque y el obispo comenzaron a moverse aunque siempre temieron lo que después sucedió pero con todo esto salieron con toda su compañía y aparato hasta cerca de la raya y esperaron hasta puesto el sol y no solamente no vinieron pero dentro de una hora no quedó repuesto ni portugués en todo Badajoz y especialmente cuando vieron volver al duque y al obispo y al regimiento sin la princesa lo cual les acrecentó la turbación y fue causa de escándalo de toda la gente así de una parte como de otra y comenzáronse a decir muchas novedades y invenciones y mentiras los unos decían que era muerto el príncipe de Portugal y que por esto no la entregaban y otros que la princesa se había de volver a Lisboa para casar con el Infante don Luis y así pasaron aquella noche en Elvas con gran sobresalto y congoja de lo pasado y algunos había que juraban a Dios que no la había de dar que si fuera para algun fillo bastardo de Deus que pasara pero que tanto por tanto que hay estaba Infante con quien todo el reino quería que se casase y que ninguno de él había sido llamado para dar parecer de que viniese a Castilla como se acostumbra siempre en estos casos, de esta manera andaba la cosa diciendo cada uno lo que le parecía y sin duda ninguna se dio mucha ocasión al bulgo de decir estas vanidades porque en toda aquella noche no se hablaba otra cosa en palacio sino que otro día se habían de tornar a Lisboa y hay a personas fidedignas que habían oído lo mismo a la princesa, nuestra señor, que no durmió ni dama ninguna con la alteración que todas tenían. Esta misma noche el obispo tornó a enviar al abad para que tuviesen entendido aquellos caballeros que por el bien de la república y por lo que toca al servicio del Emperador y príncipe, nuestros señores, él estaba aparejado para recibir la princesa y que él cedía todo su derecho y que no quería preeminencia ninguna sino cumplir con lo que era obligado de su jornada y también para que diese algún medio en estas cosas y así él de una parte y el conde y otros caballeros que el duque envió concluyeron la cosa con dar por medio que Luis Sarmiento usase de su oficio de caballero mayor y que depusiese el que primero tenía de embajador pues ya había espirado y que Gaspar Caravallo no se llamase embajador hasta que delante del príncipe presentase sus poderes y de estamano quedó asentada esta diferencia y cuanto a lo que toca al arzobispo, por ser extranjero, de las calidades ya dichas que fuese en el lugar que quisiese post duces y así se hizo aunque no se aguardaba esto por camino porque unas veces venía él en aquel lugar y otras el obispo de Cartagena; concluída ya esta contienda todo el mundo se aparejó para el recibimiento y así salieron todos los del día pasado y llegaron a la puente de Alcaya que es un río pequeño que divide a Portugal y Castilla estando allí esperando la princesa aconteció que un judío natural de Alburquerque a la sazón estaba huido en aquel reino por la inquisición de Castilla cuya estaba habían quemado en Llerena nueve años había, por hereje, y confiscándole los bienes se quiso atrever a pasar la raya a vueltas de otros muchos portugueses y acémilas de repuesto que pasaban y vino hasta un molino que está cerca del camino donde se habían apeado para esperar el duque y el obispo, llegado allí paróselos a mirar muy despacio y estando allí no faltó quien avisó y aun requirió al alcalde Castillo con un mandamiento de los inquisidores que lo prendiese y así el alcalde mandó al alguacil que lo prendiese el cual lo hizo y echados un par de grillos lo puso encima de una acémila y lo entregó a dos clérigos para que lo llevasen a Badajoz y lo pusiesen en recado y llevándole ellos solos por su camino adelante salieron cinco portugueses embozados a caballo con sus lanzas y quitáronles el preso y tornaron a pasar el río con él y escondiéronse en su término. Después de esto ya la gente comenzaba a pasar la puente y fueron los primeros de los que traían la recámara de la princesa y luego pasaron sesenta y cinco acémilas con el repuesto del arzobispo de Lisboa con sus reposteros de lana con las armas reales de Portugal con unas bandas muy delgadas que las atravesaban de parte a parte que es señal de bastardía la postrera de ellas traía un repostero todo de seda cercadas las armas en él de lo mismo con doce escuderos de a pie que las guardaban con sus partesanas desde a poco los nuestros, que estaban detenidos junto a la puente, comenzaron a pasar en aquella orden que cada uno había guardado en la entrada de Badajoz y a la princesa era llegada con todos los que la acompañaron que fueron los siguientes: el duque de Braganza, el arzobispo de Lisboa, el camarero mayor del Rey, don Rodrigo Lobovaran Dalvito, don Gaspar Caravallo desembargador de pazo y embajador de Portugal, el tesorero mayor del Rey, el merino mayor de la corte con veinte hombres de pie con sus partesanas, el hijo de Hernán de Álvarez, don Diego Deza, el tesorero del príncipe, nuestro señor, por Francisco Persoa y otros muchos que no inde eran tanto hidalgos; traía el duque de Braganza grande estruendo que espantaba los niños. Con el repuesto venían muchos hidalgos destuvera doradas a los cuales el duque daba un tostón cada día y a los que no eran inda tan

hidalgos, dos veintenas serían entre todos hasta ochocientos de a caballo y traía setenta hombres de guarda en calzas y jubón de paño amarillo y azul golpeados a la forma alemana con sus gorras de grana; traía doce menestriales altos y dieciséis trompetas con una librea amarilla y dos fajas de paño azul, traían en los pechos unas grandes pechinas de plata travadas al cuello con unas cadenas gruesas de plata; traía así mismo un mayordomo con un tavorado muyto cumplido que llegaba al suelo y las mangas muy anchas todas cortadas y llenas de puntas y una media gorra con sus puntas con un gran collar de oro que parecía al Cid cuando vino a Toledo; traía tres pajes uno de lanza otro de maleta otro de recaudos vestidos de terciopelo y con collares de oro muy ricos, estos por ser hidalgos decían que tenían licencia para traer seda y ninguno otro de su familia la traía en Portugal no usan pajes en mayor número que éste porque en su lugar tienen mozos de cámara y estos sirven a la mesa y hacen todo lo que en Castilla los pajes excepto llevar y traer recaudos de una persona a otra y así el duque traía XX mozos de cámara bien aderezados conformes a su prematia; traían, así mismo, una capilla de cantores razonables y muchos menestriales altos y bajos, traía también dos reyes de armas de los cuales también se servía a la mesa por especial privilegio; trajo buen aparato de casa de plata y tapicería con sus camas devisas de plata al modo de las de acá, servíase con mucha autoridad y estruendo a la mesa y está en bien espléndida fores a muchos de los nuestros estando en Elvas a que comiesen con él y regalolos mucho; es hombre muy leído y bien criado y de buena conversación, trata bien sus vasallos y es tenido en Portugal en mayor estima que todos los otros señores, no traía seda ninguna más de su frisado al uso común. El arzobispo de Lisboa de más del repuesto que tengo arriba dicho traía hasta cien cabalgaduras entre pajes y otros servidores y venían con el tres prevendados de su iglesia y su librea de terciopelo negro sin otra guarnición; todos los demás así de los que pasaron con la princesa como de los que se volvieron por no ser tan de cuenta ni venir tan señalados no particularizo más lo que traían porque los que volvieron no vestían seda ninguna más de cadenas de oro y muchos cabos y birretes y botones de oro y buenos caballos y los que pasaron la raya aunque tenían especial licencia del Rey para traer terciopelo pero no hicieron gastos extraordinarios más de sus sayos de terciopelo llanos y chapeos de raso y tafetán negro con cabos de oro.

Traía la princesa, nuestra señora, catorce lacayos vestidos de carmesí con unos chapeos de seda verde que son sus colores y otros ocho monteros con capotines verdes y sus jaquetas coloradas de paño, debajo traía cuatro meninos muy pequeños cada uno con su librea porque era a costa de sus padres a la usanza de Castilla.

Venían con ella catorce damas, las diez portuguesas y las cuatro castellanas, la una, hija de don Juan de Mendoza, Señor de Morón, llámase doña María de Velasco y muy privada de la princesa que sea criada con ella desde niña tiene buena gracia y es muy desenvuelta y al dicho de muchos la más hermosa. La otra es doña Mencia de Figueroa, hija de doña María de Figueroa, natural de Madrid. La otra es hija de Luis Sarmiento, caballero mayor y la otra, hija de Lope Hurtado de Mendoza. Las otras portuguesas no las conozco de nombres ni por hermosas, venían todas bien aderezadas porque no las comprehende la maldición de la prematia por ser damas de la reina; traía así mismo menestriales altos y bajos y acompañáronla hasta acá por mandado del rey cuyos son.

Venía con su Alteza un enano de una estatura monstruosamente breve y con una cara horrida y grande vestido un capirote magistral de terciopelo negro aforrado de raso carmesí con un bonete romano en la cabeza muy grande y una bola amarilla que cubría toda la copa; de él dicen que es médico del Rey de Portugal y muy privado suyo. No se le parecían los pies porque el capirote le cubría todo y le sobraba mucho; venía para servir a la princesa todo este camino y después acordose que no pasase por su indisposición y así se substituyó otro que ahora sirve en su lugar. Llegada pues su Alteza al puesto salió de la litera en que venía de brocado y tomó una mula guarnecida de lo mismo de tres altos con una gualdrapa de lo mismo. Traía vestida una ropa de raso blanco toda recamada de oro las mangas muy anchas y aforradas de raso carmesí recamadas como lo de fuera con muchos golpes tomados con putas de oro y encima traía una capa castellana de terciopelo morado con unas tiras de oro tirado y una crespina o red de oro tocada y encima de ella un bonete portugués de terciopelo blanco con unos botones pequeños de oro en las cortaduras, traía unas arracadas muy pequeñas en cada una tres perlas pequeñas, traía

una gorguera de red de oro agorjalada y parecióme que traía por el gorjal unas tiras de oro de martillo tenía en la mano un pedazo de terciopelo blanco hecho como aventalle con que algunas veces se hacía aire y se ataba el rostro. Pareció a todos muy hermosa y no nada empachada. Luego que llegó al principio del palenque paró el cual estaba hecho de los de la guarda atravesadas las alabardas una con otra a manera de aspa, fue gran remedio para detener la gente y a este tiempo Francisco Persoa y otro caballero de la compañía del duque y otro de la compañía del obispo estaban en el parco a pie y tras ellos iban los otros criados del duque y obispo y así llegaron a besar las manos a su Alteza y tras estos llegaron todos cuantos caballeros venían de la parte de Castilla; a los clérigos su Alteza no les quiso dar la mano, esto hecho llegaron el duque y el obispo al parco a caballo y dentro de él se apearon y fueron a besar las manos a la princesa; llegó primero el obispo y no se las quiso dar y llegó el duque y estuvo cuatro o cinco veces porfiando en tomalle la mano, en fin no se la quiso dar; hecho esto tornaron atrás a do se habían apeado y cabalgaron y tornaron allegarse a la princesa y paráronse como a seis pasos de ella esto hecho el duque de Berganza habló de esta manera.

El Rey, mi señor, me mandó venir en compañía de la princesa, mi señora, para la entregar a quien trajere poderes del emperador para la recibir y esto dijo sin descubrir la cabeza. El duque de Medina así mismo sin se descubrir y bien demudado dijo el obispo de Cartagena y yo traemos los poderes para ello y pidislos a uno que allí junto a él venía a pie y diéronlos a un tabelín de escribano por ju[z]gues que los leyese y acabados de leer dijo el duque de Berganza bien están y luego el duque de Medina quitó su gorra y hizo una grande humillación a la princesa y dijo al duque de Berganza es ésta la muy alta y serenísima princesa, doña María, hija del muy alto y esclarecido Rey Don Juan y de la muy alta y esclarecida Reina Doña Catalina, su mujer. El duque de Berganza dijo sí es; el duque de Medina dijo pues aquí estamos prestos de la recibir y luego el duque de Berganza se volvió a la princesa y le dijo vuestra Alteza quiere ir a Castilla con el duque de Medina y con el obispo de Cartagena que traen los poderes del emperador para vos llevar; ella dijo sí quiero. Entonces el duque de Berganza tomó la rienda de la mula de la princesa y diola al duque de Medina y él la tomó y se puso a la mano izquierda do el duque de Berganza estaba y el obispo se puso a la derecha y esto hecho el duque de Berganza pidió por testimonio lo que había hecho conforme a lo que el Rey, su señor, le había mandado y luego el testimonio se firmó y pidió, así mismo, un conocimiento del duque y obispo y de cómo la recibieron y el conocimiento y lo demás iba hecho y lo firmaron el duque y obispo y el testimonio firmaron muchos hidalgos portugueses y esto hecho los portugueses que se habían de volver se apearon y besaron las manos a la princesa y se despidieron de ella. En esta sazón quién podría decir los llores de las damas y el sollozar debajo de los paños de narices y el alimpiarse las lágrimas y el llorar de los galanes y suspiros puestos en el cielo ya que esto fue acabado, el duque de Berganza llegó a caballo a se despedir de la princesa y le pidió la mano muy ahincadamente y ella nunca se la quiso dar y así la princesa partió para ir a entrar por la puente del río que parte los reinos y el duque de Berganza y los demás se volvieron, los ballesteros de maza y reyes de armas del Rey pasaron hasta Badajoz al pasar de la puente el duque fue adelante de su Alteza y el obispo atrás y ella en medio y pasada; estaba el correjidor y regimiento de la ciudad con unas ropas rozagantes de raso carmesí aforradas en terciopelo azul y allí le besaron las manos y le fueron apriesa a la puerta de la ciudad do tenían un palio de brocado rico, las goteras de lo mismo aforrado en raso carmesí y como allí llegó su Alteza, se metió debajo de él llevándole los regidores y así entró en la ciudad y se fue derecha a la iglesia do la estaba esperando la clerecía a la puerta con su luz y candelas y como allí llegaron no quiso la princesa apearse porque era tarde que era más de un hora de noche y así se fue a palacio; la orden que aquellos señores traían desde la puente a la ciudad fue el duque se puso a la mano izquierda de la princesa y así fueron todo el camino salvo cuando entró en el palio que entonces el duque se adelantó un poco el obispo de Cartagena fue en medio del embajador Luis Sarmiento y del mayordomo mayor de la princesa, el arzobispo de Lisboa venía detrás de la princesa, hablando con la camarera mayor, el conde Niebla y el conde de Olivares y otros caballeros venían con las damas. No es razón de pasar sin decir el descuído que tuvo don Rodrigo Manrique, hijo del arzobispo de Sevilla, y fue que llegó a besar las manos a la princesa sus guantes calzados y un caballero castellano que cerca estaba, doliéndose de la honra de Castilla, le dijo al señor don Rodrigo y hízole señas de los guantes y el cayó en su descuído y embermejació

un poco y paso su cavera. Olvidóseme decir lo que hizo un galante portugués con una dama al pasar de la puente y fue que él viendo pasar a la dama de quien debía ser servidor, llegose a ella y quitose su bevede [?] y hízole una muy gran cortesía y ella se levantó sobre la mula en que venía y le hizo la suya y comenzó de llorar y el portugués dio un gran suspiro y echó mano a la barba y miró al cielo y otro hidalgo le dijo: «señor pase vos a merce alleynde or rio en castela a se despedir de las damas»; él respondió: «no praga Deus que en pase a terra que tanto mal me faz», y de allí se volvió muy triste. Jueves siguiente, le acaeció al duque de Medina una muy grande desgracia y fue que estando en palacio con la princesa y hablando con la camarera mayor, una portuguesa, mujer de servicio, salió a la puerta de la cuadra do su Alteza estaba y por entre los paños llamó a don Lope Zapata paje del príncipe y díjole no sé qué cosa que fuese a decir a la camarera mayor; el paje no entendió lo que le dijeron y peseso que le decían que dijese al duque que se fuese y sin más pensar se va al duque y dícele vayase Vuestra Excelencia; el duque se cortó y quedó el más afrentado hombre del mundo y se levanta y se va. La princesa como vió ir al duque y vio que el paje le había hablado llamole para saber lo que había dicho al duque; el paje dijo lo que pasaba y la princesa tuvo mucha pena de lo que le había al duque acaecido y llamó a un hidalgo que fue hablar al duque y le dijese el yerro del paje.

El duque de Medina comenzó desde la noche que la princesa entró en Badajoz a hacer plato a las damas muy espléndido con mucha multitud de pajes y maestresalas y grande estruendo de plata llevaban el manjar desde su casa hasta palacio y allí servían a las damas sus oficiales y esto continuó hasta Salamanca. Esa misma noche soltaron muchos presos por mandado de la princesa, pagó docientos ducados para ello, soltaron a vueltas de ellos un portugués que había hecho un delito grave por que su Alteza lo quiso por ser portugués. El jueves siguiente, salió a misa a la iglesia mayor en el hábito mismo que había entrado y vuelta a la posada no hubo otra cosa de fiesta. El viernes siguiente, hizo el arzobispo de Lisboa banquete al duque y al obispo y jugaron delante de su posada ciertos caballeros a las cañas a la usanza de Jerez cara a cara.

Este día yendo don Luis Manrique con el obispo comenzó a poner un caballo que lleva estremadismo por una calle abajo y al cabo de ella estaba una carreta atravesada y como el caballo iba haciendo mill gentilezas, dio un gran apretón hacia la carreta y da tan gran golpe en ella que la volvió alrededor y echó de sí a su señor gran trecho hacia delante y luego cayó tras él el caballo y dio de manos tan junto adonde estaba que le tornó a echar para adelante casi otro tanto, cuantos allí nos hallamos tubimos por cierto que él estaba muerto porque el caballo no se podía levantar y estuvo tan en sí el caballero que no se contentó con ponerse luego en pie sino que tornó a subir en el caballo y con mucha dificultad se pudo acabar con él que se fuese a curar a su posada fue tan venturoso que en pocos días cobró salud él y su caballo.

El sábado siguiente, la princesa salió de Badajoz y fue Alburquerque esa noche bien tarde por ser la jornada larga estuvo allí el domingo siguiente, hiciéronle fiesta con sus folias y ciertos toros que le corrieron delante de su posada.

Luego, el jueves partió de Alburquerque y vino a dormir a Herrerueta donde tuvo harto estrecho el aposento tuvo por remedio un ito [?] la gente hacía muchos fuegos en un encinar que estaba alrededor del lugar y fue tanta la multitud de las lumbres y grita y estruendo de los que no tenían cama que no parecía sino que tenían sitiado alguna gran fuerza cuyos también parte de la estrechura a las damas porque durmieron todas en muy pequeño espacio y no de sala sino de establo. Esa noche mando repartir la princesa ciertos venados que el comendador de Piedrabuena le había enviado entre la gente cortesana y el obispo hizo a su Alteza presente de dos gamos muy lindos. El martes siguiente, partió de aquí y fue a dormir a Alcántara hízosele recibimiento al modo y posibilidad de la tierra con mucha gente de acaballo en buena cantidad y gran estruendo de mozos que cantaban y folias que es lo que más por allí se usa por ser raya de Portugal y lo que entonces más agradaba a su Alteza y regocijaba a las damas por parecerles que aun no habían salido de su tierra. No pongo aquí las antiguallas de la puente porque ya las dice al por sí.

Miércoles siguiente, partió de aquí y fue a dormir a la Garza, donde estuvo los todos santos; no salió misa porque venía cansada. Hizo este día el obispo banquete solemnísimo al duque y arzobispo de Lisboa y a todos los que con ellos venían, fue muy regocijado de toda la corte porque no faltó hombre que de fación fuese de toda ella; andubieron muy buenos los locos, salvo Secretillo que quedó hecho una mona de corrido y atajado como lo suele hacer cuando no tiene ventaja al que con él burla. Aquí hizo un presente el obispo a su Alteza de muy buenos pavos. Otro día, partió de aquí y a la salida de la iglesia junto con su Alteza cortó un mulato una bolsa a una mujer y los alguaciles le sacaron y lo llevaron a Coria donde el Alcalde castillo le mandó ahorcar. Este día dio el obispo a su Alteza dos machos de litera rucios muy estremados que él traía y que los suyos no la podían traer; el duque dio en este lugar su litera para que viniese en ella doña María de Velasco y trájola casi hasta Salamanca.

El viernes siguiente, partió de aquí y fue a dormir a Coria donde estuvo el sábado y domingo siguientes, no hubo recibimiento más de ciertos toros que corrieron, detúvose aquí sábado y domingo; a suplicación del obispo salió a misa a la iglesia mayor, oyó sermón del licenciado San Martín. Esa noche hubo sarao y fue el primero que su Alteza permitió después que paso la raya, envió el obispo a su Alteza este día un gran presente de diversas cosas especialmente de frutas verdes y de sartén. Esta misma noche pasó un chiste con un portugués y fue que en la posada del obispo ya que era algo noche estaban puestas las mesas para cenar y a casa entró un portugués y no de los que menos presumían y preguntó a un caballero que a la sazón estaba asentado junto a la mesa y díjole señor cenan ynde en issa mesa multos hidalgos; respondióle el otro, sí que vienen muchos porque en esta casa abren la puerta para todos los que quieren; el portugués comenzó de alabar mucho la manificencia del obispo y saliose; dende a poco tornó y preguntó al mismo que antes y dijole señor e los que nao ynde son tanto hidalgos possosse sentar aquí; el otro dijole luego, sí, porque para todos hay en esta mesa; el portugués muy contento de esta respuesta salióse ydende a poco volvió y preguntó al que de antes y dijole señor en posso me sentar ynde; el castellano dijo vos no creo yo sino os sentais al cabo y con todo esto tuvo por buena la condición a trueque de cenar. Lunes siguiente, partió de aquí y fue a dormir al campo, salió al camino a besarle la mano Alonso Enríquez vecino de Salamanca con XX de caballo con sus lanzas. Otro día de mañana, llegó a visitar de parte del príncipe a su Alteza don Antonio de Toledo y de parte del cardenal de Toledo, don Antonio de Ulloa; fue esa noche al quijo de Granada a donde tuvo nueva como el príncipe estaba en la granja y a esta causa no quiso ir allá.

Pero salió muy en orden aquel día y a hora de las tres llegó a un lugar del duque de Alba una legua de Aldeanueva del Campo donde ya el príncipe, nuestro señor, estaba muy disimulado y metido en una casa acompañado del duque de Alba y del marqués de Villena y conde de Benavente y del almirante de Castilla y del príncipe de Asculi y de don Álvaro de Córdoba, su caballero mayor y de don Antonio de Rojas, su camarero y de don Manrique de Silva, de don Pedro de Córdoba, de don Juan de Luna, del correo mayor, de Ortega, mozo de cámara, don Alonso, don Antonio de Toledo, conde de Alba los cuales iban muy embozados con cada sendos pajes solamente.

Llegada pues la princesa a questo lugar que digo, siendo avisada como el Albadía estaba de allí no más que media legua donde el príncipe había dormido esa noche y que probablemente no estaría muy lejos, parose a merendar en medio de la calle del lugar a donde su Alteza la pudo ver muy desembarazadamente porque estaba la media litera quitada y muy apartada la gente como suele siempre que se para a tomar algo de los cestones; iba este día su Alteza muy linda dama vestida de carmesí con una capa castellana de lo mismo y un chapeo blanco con una pluma.

Habíase adelantado por la mañana el obispo porque el príncipe le había enviado a mandar que viniese solo al Abadía y herrolo en el camino y hubo de volver a este lugar que digo, no habló al príncipe porque ya él estaba impedido mirando a su mujer a la cual acompañó hasta cerca del lugar y esa noche se volvió a la Abadía y el obispo con él.

Tenía el duque de Alba muy aderezada aquella su casa con mucha tapicería de oro y seda y grande provisión de todo lo necesario. Trabajose con los portugueses que

consintiesen que diese lugar por una puerta de un corredor para que el príncipe viese cenar a la princesa y no se acabó con ellos ni con el huésped.

Esta misma noche, en el Abadía, murió súbitamente Alonso de Henao, corregidor de aquella tierra por el duque de Alba, había corrido este día de un cabo a otro con su Alteza y con estos caballeros que digo y había andado muy sin pensamiento de morir.

Otro día de mañana, madrugó el príncipe, nuestro señor, con sus adalides y vino Aldeanueva y metióse en un mesón que estaba en la calle por donde la princesa había de pasar, la cual salió este día en una mula y con el vestido del día pasado y así como llegó donde él estaba encubierto detrás de unas mantas y sábanas que estaban colgadas en un corredor. Don Antonio de Rojas alzó las mantas con entrambas manos y quedó el príncipe tan exento que todos cuantos por la calle iban le vieron; alzó entonces la voz una dama portuguesa y dijo: «o Deus que bello menino». Pasada la princesa, su Alteza iba siempre en el recazo dando todos los alcances que podía hasta la posada del puerto de donde se tornó esa noche al Abadía y la princesa quedó en la calcada; repartiose la gente por los lugares comarcanos. Hizo esa noche don Antonio de Sotomayor un banquete solemnísimo a los condes de Niebla y Bailén y a otros muchos caballeros que con él fueron a Béjar que dista de allí sola una legua; esta misma noche fue a casa su Alteza en el Abadía y mató una puerca y vino a amanecer junto a la calzada, de donde partió la princesa ese día y vino a dormir a Frades y el príncipe se quedó en un lugar cerca de allí porque lo más del día había venido tras de la princesa encubierto como solía.

Viernes siguiente, la princesa fue a dormir a Aldeatejada y esta misma noche envió el príncipe por el obispo de Cartagena y confesose con él y lo mismo hizo la princesa. Estuvo en este lugar hasta el lunes que se le hizo el recibimiento en Salamanca de la manera siguiente, venido el lunes que se contaron trece de noviembre a la una después de mediodía, salió la princesa de este lugar acompañada de gran número de gentes así de los que con ella venían como de los cortesanos que de Salamanca salieron embozados avueltas del príncipe que también la acompañó encubierto hasta la entrada de la ciudad. Salió este día en una mula con una guarnición de brocado de tres altos alcorchafado y la gualdrapa de lo mismo, traía una saya de brocado y tela de plata escarchado con una gorguera de red de oro muy menuda y muy subida con un escofión de oro y su birrete de terciopelo verde y encima un chapeo de raso blanco con su torsal de oro, llevaba cubierta una capa castellana de terciopelo entre morado y pardo con dos tiras de oro tirado alrededor y por medio una lisonja de lo mismo. Iban inmediatamente de ella el arzobispo de Lisboa y luego a la mano derecha el duque de Medina y a la izquierda Gaspar de Caravallo, embajador, a la derecha el obispo de Cartagena y a la otra, el de León, Luis Sarmiento llevaba a la princesa de la rienda. Antes de estos iba el mayordomo mayor de la princesa con una cadena gruesa y un bastón haciendo lugar; detrás de la princesa iba doña Estefanía y la camarera mayor y luego todas las damas en la misma orden que traían por el camino y así comenzó a mover con muy grande estruendo de instrumentos bajos y altos que la estaban aguardando a la puerta a la forma del camino; saliendo del lugar echó a la mano derecha por unos prados muy llanos que había y donde estaban esperándola muchas danzas de mozas a la costumbre de la tierra, tras estos la iglesia con la orden que acostumbra, luego salieron once banderas de soldados muy bien aderezados hechos un esuadrón en que había 1500 y hecha su reverencia cercáronla alrededor y vinieron así con ella gran trecho hasta que llegaron a un otero que estaba a la mano derecha del camino y apartáronse desde allí y fuéronse a poner en un cerro que está en medio de otros dos que estaban un compás y echó su caracol, estuvieron quedos hasta que su Alteza llegó al llano donde comenzaron luego de abajar gente de a caballo de seis en seis vestidos de colorado con lanzas y adargas y veletas coloradas y lo mismo hicieron los del otro cerro vestidos de blanco y amarillo con lanzas y adargas y veletas blancas y vinieron a juntarse muy cerca de la princesa y escaramuzaron muy hermosamente y de forma que parecía que pasaba la cosa de verdad y así hicieron todos los que restaban de una y otra parte que serían hasta cuatrocientos de acaballo, acabó esto, tornáronse a juntar todos y cercan a la princesa y vinieron con ella hasta la aldea del cerro donde estaba la gente de pie a la cual arremetieron los colorados primero y rodeáronlos y trabajaban de rompellos y ellos se defendían con su caracol y arcabucería de que estaban bien proveídos en este debate llegaron los blancos en su defensa y

comenzose otra vez la escaramuza que fue harto de ver por ser muy semejante a lo que suele pasar en estos trances con este regocijo llegó hasta un trío de arcabuz de la puente donde salió la Universidad con capas largas de terciopelo negro y los aforros de raso carmesí, iban los colegios delante por sus antigüedades y todos con sus insignias y capirotos de sus facultades, besaron la mano a su Alteza y retiráronse y pasó adelante y comenzó a entrar en la puente, do en medio de la cual estaba media torre y encima estaban dos encasamientos y en el medio estaba una estatua de Hércules desnuda algo mayor que natural; entró con una faja delgada con un nudo dado en ella tenía a la mano diestra otra efigie de la diosa Pallas y en el siniestro una imagen de la diosa Juno con cada ser versos exámetros y pentámetros que decían así:

Die age quid mirum quos dicit fama labores  
Herculis ingenio victis anne Mauri  
Invidia curte toties in fata remisi  
Cur ut comprimerent exagitata mala  
post mortem meliora feres tibi gloria magna  
Principis adventu cedet in verbe tua.

Estos versos tienen por fundamento que Hércules edificó la ciudad de Salamanca y que Trajano hizo la puente y a mi opinión falsamente de como podría mostrar sino excediese los fines de la historia, pero siendo verdad el pie supuesto no era pesimo poeta el que los hizo, estaban a la mano diestra debajo de los pies de la diosa Pallas los versos siguientes:

Palladis haec sedes est urbis tutela minerva si estudia aspectes militiae redecus  
Herculis auspitiis cujus suscepte meis quam  
Urbe age deum princeps gratificare sua  
Et tibi prosperius cuncta dextro Hercule cedent  
Manseris hic tantum Herculis hospitio

Tenía debajo de la fiugra herculea los versos siguientes:

Si maiora michi dant sed maxima restant  
qualquum ut rodus hos liget Herculeus  
unius at thalami maneat concordia longun  
iunta fides es honos assideant charites  
sanetior ut veles faelis numerosa quam talis  
alcidis qualem concinit historia.

Subiendo de esta puente a la ciudad en la primera puerta que dicen del río estaba un arco triunfal con unas columnas de armas de cinquenta pies en alto y en el remate de cada una de ellas estaba una nube y en la clave de él otra y en el frontispicio otra que eran por todas en esta nube que digo que estaba en la delantera había una imagen de la esperanza con una áncora en la mano con una letra en romance que decía:

Para consuelo y descanso  
vos Rey me teneis en Dios  
y este pueblo en él y en vos.

Debajo de esta nube estaba otra y en ella un niño vino armado a semejanza de Mercurio el cual declaraba la opinión de Aristófanes en aquella comedia que intituló Nebule, en que quería que las nubes se convirtían en las otras virtudes y excelencias de aquello que tenían delante y así como allegaron sus Altezas comenzó Mercurio a decir lo siguiente:

O nuestro bien deseado  
por largos tiempos reposos  
en tu reino y conyugado  
yo soy Mercurio llamado  
mensajero de los dioses



cuya divina potencia  
los antiguos escribían  
que las nubes en presencia  
de virtudes y excelencia  
en ellas se convertían.  
Y pues Reina de las gentes  
en vos lucen como estrellas  
mill virtudes excelentes  
aquestas nubes presentes  
quieren convertirse en ellas.

En acabando Mercurio esta copla salieron sobre las otras dos nubes muchos truenos de fuego de cohetería y rompiéronse estas nubes y de dentro de ellas salieron otras dos nubes pequeñas y en cada una de estas iban unos niños en hábito de doncellas cantando a seis voces el villancico siguiente: y descendían en el aire con mucha sutileza y presteza sin parecer como representaban esos niños las virtudes cardinales daba cada una de ellas su cosa a los príncipes, la justicia una espada y la misericordia un ramo de olivo y la otra unas llaves; descendían igualmente a la par cubiertas con un velo de seda azul muy trasparente y cantando a canto de órgano dijeron:

Para cortar la discordía  
yos doy príncipe mi espada  
y a vos bienaventurada  
ramo de misericordia  
vos reina sois la concordía  
que venis con santo celo  
elegida desde el cielo.

Las virtudes de la otra nube que eran su amor, y nos dijeron esta copla segunda del villancico:

Tomaldas pues sois la clave  
que anudais las dos coronas  
y en dos reales personas  
un amor que ligue y trave  
el santo yugo suave  
con que unió el señor del cielo  
la especie humana en el suelo.

Acabada esta copla comenzaron luego las tres virtudes de la otra nube estas tres coplas siguientes:

Por largos tiempos florezca  
Buen Pastor la nueva esposa  
largos tiempos permanezca  
y así luzca y resplandezca  
como en junio la rosa  
y la esposa soberana  
goce así señor de vos  
como la nuestra humana  
cuando la iglesia cristiana  
fue desposada con Dios  
Amor  
O santo amor conyugal  
bienaventuradas bodas  
cuyo autor sacramental  
fue el ministro celestial  
que evió las cosas todas  
los novios Adán y Eva  
y la iglesia el paraíso

ninguna ventaja os lleva  
la orden de musa nueva  
pues honrrar Dios ésta quiso  
de dos príncipes tan buenos  
unidos por tal compás  
que en los monarcas terrenos  
ni el uno merece menos  
ni el otro merece más  
Honor.  
Deles Dios pues que ordenó  
unión de amor tan fiel  
las bendiciones que dio  
Abran, Isac, Jacob,  
Sara, Rebeca y Rachel  
como vides abundantes  
su real compañía viva  
y ella le abunde de infantes  
a su mesa circunstantes  
como primpollos de oliva.

Acabado esto, entraron por la puerta de la ciudad debajo de un palio de brocado muy rico con XXVIII regidores que le sustentaban con sus varas doradas con ropas rozagantes de carmesí pelo y con sayos de carmesí raso y muy ricas cadenas de oro y así llegó a la iglesia mayor, se apeó y hizo oración y hechas sus solemnidades por los canónigos y clerecía, salió de allí y pasó por delante la puerta de las escuelas mayores a donde estaba un arco triunfal riquísima y arificiosamente obrado con unas cifras que decían:

AV PR PH Et MR E R

Éstas estaban en lo torcido del arco y más abajo estos tres epigramas; en este primero habla el arco con el príncipe puesto que no iba allí diciendo.

Salve sideri tormentum dulce Philipi  
que natae reddas accripe regna tuis  
serius accipies moneo sed sera relinques  
nuc socer et coniux invite uterquem divi

Estaban los dos siguientes en las dos cornisas del arco y entramos habla él diciendo:

Sanguine delectat cum me victoria fuso  
Hunc sonat eximie que sine cede venit  
grata iuba et animo non iui quam martia nostro  
contentu multet tibi grata magis  
preside non equid contemno marte trihunfum  
dux penitus totum quam rapit almaven....  
o regale decus facies dignisima saptiis  
presidium populi dulce philippe tui  
hesperie principis regum germana ppago  
et iam cesareos mox geniture dutes  
auspitis patris peccatum cesaris orbem  
composta longo tempore pare regas

Salida la princesa de aquí fue por la calle de la Rua donde los plateros tenían otro arco triunfal razonable sin letra ni otra invinción alguna y así no se detuvo aquí nada; pasada la plaza al fin de ella a la boca de la calle que dicen del concejo estaba otro arco muy hermoso sobre lo redondo de él por encima de la clave estaba hechó un corredor cubierto por encima con tres ventanas que salían sobre lo hueco del arco hacia la plaza y en la una de ellas asomado un jayan armado cuyo nombre era Bellón que daba grandes voces a otro gigante llamado Bradamante entre los cuales pasó el coloquio que abajo diré; estaba en la

cornisa derecha de este arco a la parte de palacio la virtud de la justicia con una letra que decía:

Somos yo y misericordia  
iguales más en la vida  
ella es la más extendida.

Estaba en la cornisa izquierda de esta haz la caridad con un nido en la mano y dentro en él un pelicano con una corona imperial en la cabeza y unos pollos debajo que comían la sangre que él sacaba del pecho y la letra decía:

Toda mi sangre os he dado  
no resta más de la vida  
mas ya la tengo ofrecida.

En la otra cornisa de la 2ª cara del arco estaba la fe, tenía debajo de los pies a Lutero con una letra que decía:

Al que a mi me contradice  
yo espero que le pondreis  
debajo de vuestros pies.

Estaba en la última cornisa la templanza con una letra que decía:

Ganome el reino en ganaros  
porque el medio de templanza  
es la bienaventuranza.

Llegando pues la princesa debajo de este arco comenzó el un gigante de aquellos a decir en altas voces:

Abradamonte despierta  
de ese tu sueño profundo  
que nos cumple estar alerta  
que combaten nuestra puerta  
con todo el poder del mundo  
Bra.- no hay humano atrevimiento  
que abra mis puertas cerradas  
porque cierran su aposento  
por mágico encantamento  
tres culebras encantadas  
y de esta puerta cerrada  
no abrirán sus umbrales  
hasta ser desencantada  
por la más alta y nombrada  
princesa de los mortales  
Be.- Pues una reina excelente  
linda sin comparación  
viene y trae a la serpiente  
que se tragó de repente  
las sierpes de faraón  
ya la mandado subir  
abrir las puertas delante  
mandad las sierpes salir  
porque sean de combatir  
hasta que se desencante.

Salieron luego tres culebras, los cuellos alzados y sacando las lenguas con grandes silvos y tras de ellas salió una sierpe y comenzó a pelear con ellas y tragóselas una a una estaba una letra puesta encima que decía:

Estas sierpes son las leyes  
mas la que tragó a las tres  
nuestra fe cristiana es.

En el remate postrero de este arco estaba un encasamento cuadrado al romano y dos imágenes en cada haz la suya, la una de la fe, tan grande como natural y decía la letra en favor de la fidelidad del matrimonio:

Una de uno crió Dios  
y si más razón sufriera  
más criara y más le diera.

A los pies de ésta estaba la fama con una trompeta en la mano y una letra que decía:

De vos príncipes jocundos  
serán de eterna memoria  
mis voces y vuestra gloria.

Pasado este arco, entrose luego la princesa en su posada donde salió la duquesa con las damas salamanquesas repartidas en una escalera según sus merecimientos teníanle aparejado el aposento con los aderezos del príncipe en la forma siguiente:

El aposento del príncipe, nuestro señor, estaba hecho en casa del licenciado Lugo y Cristóbal Juárez; entre estas dos casas hay un corral desierto de la pertenencia de Lugo, hízose en él una sala de madera de 15 pies de largo y en ancho 43, de alto 20 piesalzada del suelo una vara de medir muy fortificada y fornida de todas partes; tenía 3 puertas las dos de la parte de Lugo y la otra de Cristóbal Juárez estaba cubierta de madera y de luanexo[?] pintado, salía a ella un retrete del príncipe, nuestro señor, ésta se entoldo de tapicería de oro y seda con un dosel de tela de oro morado y con piernas de oro escarchado con tres columnas, en medio estaba al cabo de ella una tribunilla alta para los menestriales saliendo de ella hacia la parte de Juárez a la mano izquierda estaba un retrete toldado de tapicería antigua de oro y seda luego apegada a ella estaba otra saleta con los trabajos de Hércules donde estaba la guarda ropa, tras ésta estaba un vergelito y pegado a él otro pequeño para servicio, síguese a ésta una cuadra toldada de brocado de tres altos a piernas en que estaba una cama de brocado de tres altos y tela de oro con unos pinfantes de tafetán pardo y naranjado y blanco, estaba cercada de una reja de plata con sus pilares de molduras al romalto, tenía una colcha de plata escarchada bordada de torcales de oro, tenía un travesero de lo mismo con una bordadura de oro con las columnas y letras de plus ultra con dos pares de acervelos de lo mismo, estaba en medio una águila imperial, sobre la tarima estaba una tela de oro que la cubría toda, tenía cuatro colchones de Holanda sin sábanas por que las esperaban de las que traía la princesa, dos pares de cojines de tres altos, una mesa de plata y un brasero grande de lo mismo, estaba otra cuadra 4ª tras ésta de carmesí con unos cordones de san Francisco muy gruesos de oro con un dosel de lo mismo con una cenefa de oro, tras ésta había otra con tapicería común.

En el aposento del príncipe que confinaba con la sala había un retrete de que arriba se dijo con buena tapicería y de él iban a otro de lo mismo y de allí entraban en una cuadra donde estaba la cama de su Alteza, era de damasco verde y tela de oro y plata broslada con las floriduras verdes y de oro, la colcha de tafetán del mismo color con la misma cenefa, estaba esta sala toldada de la tapicería común de su Alteza seda y lana con otra sala junto a ésta de buena tapicería y en medio un dosel de telas diversas de brocado con una cenefa de carmesí y lazos de oro bordado, tras ésta había otra entoldada con otro dosel de carmesí con la cenefa de oro. Esta noche estuvo encerrada la princesa y no hubo en palacio cosa alguna que notar. El príncipe, nuestro señor, no dejó a la princesa hasta

que ya estaba dentro de casa y de allí se volvió a su posada disfrazado como había andado todo el día, que era en San Jerónimo donde también estaba el cardenal de Toledo.

Martes siguiente, se acabó de aderezar todo lo que era menester para las bodas y a las cuatro de la tarde el príncipe, nuestro señor, vino de San Jerónimo acompañado del cardenal de Toledo y de todos los grandes que habían seguídole en el camino cuyos nombres y títulos se dirán abajo y de todos los otros cortesanos que allí se hallaron sin forma de recibimiento. Venida la noche encendiéronse muchas blandones que ya estaban puestos alrededor del patio donde la princesa estaba y todos los cortesanos entraron en aquella gran sala que se hizo, como ya dije, y el cardenal estaba ya asentado en una silla junto al dosel en que habían de estar los príncipes y el duque con el de Medina y en dando las siete de la noche la princesa, nuestra señora, salió de su aposento por una escalera que bajaba a esta sala y asentose en unos cojines de brocado y luego comenzaron a besarle las manos todos los caballeros que por allí estaban dende a gran rato abajó el príncipe, nuestro señor, por la otra escalera muy gentil hombre y luego la princesa quisiera ir a recibirle al medio de la sala y el cardenal no la consintió, así como el príncipe llegó a juntar con el estrado salió la princesa y arremetió cada uno a las manos del otro en son de besárselas y paró la cosa en un abrazo con sendas reverencias y asentados debajo del dosel estuvieron un poco sin mirar el uno al otro, de ahí comenzaron otra vez los grandes a besar las manos al príncipe y a la princesa y lo mismo todas las señoras que allí se hallaron.

Salió el príncipe, nuestro señor, con calzas y jubón blanco bordados con capa y sayo de seda blanca aforrada de lo mismo bordada de oro.

Traía la princesa, nuestra señora, una cota de raso carmesí bordada de oro y la tela de oro en raso blanco con una delantera de raso blanco altibajo bordada de oro, cofia de oro con muchas joyas, cordón rico y gorra aderezada con su fin amarillas de telilla justas de oro pardo.

Después de estos, dende a buen rato el cardenal de Toledo se levantó con los príncipes y les tomó las manos y los desposó con mucha autoridad y gravedad y notable espacio que pasó en hacerlo, lo cual acabado comenzó luego el sarao y el primero que danzó fue don Hernando de Castro, Marqués de Sarica; traía un sayo de raso pardo carmesí, una ropa de lo mismo aforrada en felpa parda, gorra parda. Danzó con doña Constanza de Noroñá, la cual salió con saya de seda parda, delantera de raso encarnado acuchillada sobre oro escarchado gorra y pluma del mismo color, cinta y colete de oro largo hasta el talle.

El conde de Niebla danzó con doña María de Velasco, sacó calzas blancas y botas harto nuevas, sayo pardo y capa y gorra negra; sacó ella saya de seda azul claro, aforradas las mangas en tela de oro; la delantera amarilla de hilo de oro, aforrada en telilla de plata, cinta de oro, gorra azul y pluma blanca. Don Antonio de Rojas, camarero de su Alteza, salió todo de morado; danzó con doña Mencia de Albuquerque, saya de seda negra cerrada, manguillas de oro y colete de lo mismo trenzado largo con cintas de oro tirado cinta de cabo y hebilla y tachones sin gorra.

El conde de Aguilar, sayo y capa morado y calzas blancas, danzó con doña Phelipa de Castro, saya de brocado pelo aforradas las mangas en carmesí sin gorra.

El príncipe de Asculi, sayo pardo con muchos torcidos de raso pardo, calzas blancas y capa negra y gorra; danzó con doña Guiomar de Villena, saya de seda encarnada, aforradas las mangas en tela de oro sin gorra. Tañéronles la alta y danzaron ellos la baja y acabo de rato sintieron el error y danzaron otra vez.

Don Martín Cortés, sayo pardo, calzas blancas, capa y gorra negro; danzó con doña María de Figueroa, saya de terciopelo negro, cordón de oro sin gorra.

Don Antonio de Sotomayor salió todo de carmesí, collar de oro con muchas y muy ricas joyas y piedras sembrado todo el sayo de ellas; danzó con doña María de Velasco y bien aunque con botas.

Bernaldino de Tabora, portugués, todo de negro; danzó con doña Isabel de Mendoza, saya de terciopelo negro con guarnición de hilo de oro, aferradas las mangas en tela de oro, delantera de raso carmesí acuchillada sobre tela de oro, carnela de oro y piezas en la cinta sin gorra. El postrero de todos fue Gómez Freyle, menino de la princesa, danzó con otra menina, hija de Lope Hurtado. Hiciéronlo mejor que todos.

Don Antonio Sarmiento, se me había olvidado, que fue el primero, salió con capa y sayo y gorra de seda blanca; danzó con doña Leonor Sarmiento, su hermana, vestida de brocado pelo con los altos de oro y campo de plata, mangas de punta muy largas y cerradas por lo alto, cordón de oro, sin gorra.

Acabose el sarao con una baja y una alta que danzaron los príncipes. Entre tanto que esto pasaba, aconteció una cosa allí de que se sintieron muchos los más de los Grandes que presentes estaban y fue que estaba allí un banco puesto para que los señores se sentasen a su tiempo y dejáronle estar quedo hasta que era ya hora que todos se sentasen digo los que delante los príncipes lo suelen hacer y entonces el duque de Alba movido por cierta costumbre que dice que usan los reyes de Castilla en sus bodas que no se sientan sino el padrino o por otro respecto, mando quitar el banco y traer una silleta rasa en que el se asentó, quedando todos los otros en pie salvo los obispos que lo estaban ya en su banco como es costumbre de esto; se agraviaron como digo y más el duque de Medina por estar ya algo atajado por no haberle hecho padrino, lo cual el pretendió y deseo y negoció y a voto de todos los demás no estuviera mal en él en recompensa del trabajo y gasto que en esta jornada había hecho. Él lo disimuló lo mejor que pudo y fue tanta la gente que cargó y la prisa de entrar y subir la escalera que iba a este aposento y tanta la multitud de pajes y hachas que parecía que el mundo se ardía. Comenzose en esta sazón una revuelta entre los pajes del duque de Medina y Cartagena contra los de otros grandes que allí estaban, la más brava y peligrosa que se puede pensar. Hubo algunos heridos y mal que no bastó Ronquillo a despartillos aunque salió con más de XX hombres de los de la guarda, hasta tanto que hicieron pedazos las hachas. Ya sosegada la cosa un poco, acuden a sus posadas y armanse de hachas y aun de espadas y tornan otra vez a su guerrilla de la cual salieron uno o dos con sendas estocadas peligrosas, apaciguando esto comprenden algunos y huir los otros. El príncipe se retrajo a su aposento a cenar y la princesa quedó allí hasta que dio las once y retiróse y cenó y todo el otro tiempo gastó en desnudarse y vestirse de otras ropas de raso blanco, recamadas de pedrería hermosísima y riquísima hasta que dio las cuatro de la mañana. Ya entonces estaba aparejado el altar con los ornamentos del cardenal en una alcoba del aposento de la princesa en esta forma: estaba un banco fuera de la alfombra del altar, cubierto de tela de oro muy extendido y, de cada parte, un cojín de brocado para hincarse de rodillas los príncipes y detrás de estos, estaban otros dos cojines dentro del mismo estrado de carmesí para los padrinos, aunque el de la duquesa estaba más allegado al de la princesa, que no el del duque; estaba otro banco para el arzobispo de Lisboa y para Cartagena y León y otro a la mano izquierda, un poco desviado, para Caravallo y el comendador mayor de León Castilla y para el mayordomo mayor de la princesa y el marqués del Valle y así se sentaron con esta orden y no hubo otra persona ninguna dentro del alcoba. Hecho el oficio, la princesa se entró en su aposento y el príncipe se volvió al suyo y tardose en esto y en desnudarse la princesa hasta cerca de las siete del día. Y acostados juntos, fuéronse a dormir todos los otros, y dadas las diez levantose el príncipe muy alegre, de que toda la corte lo estuvo.

Este mismo día, el duque de Medina envió el majar a las damas, como había hecho por todo el camino y con la misma orden, y ellas no lo quisieron recibir, dieron por descargo de este agravio que la duquesa de Alba las tenía ya prendadas para lo que restaba del camino, que no lo podrían tomar pero que allí estaban las mozas de cámara, que a ellas se podría dar y así se hizo; recibió muy gran pena el duque y tuvo esto por gran desgracia con las dos pasadas y movióse a pedir licencia ese día para volverse y en fin lo disimuló porque el príncipe le consoló con decirle: «duque razón, será que os vais a vuestra casa y

a vuestra mujer, pues a tanto que de allá partisteis, que en poco tiempo servis vos más que otro en mucho», a lo cual respondió el duque que besaba las manos a su Alteza, que por mandarlo él, así lo haría, y porque no le impedía ni estorbaba nada estar apartado de su Alteza para servirle cuando fuese menester; también como los que estaban a su lado, de que así movió plática de los de Jeres que traía y del jugar de allá, rostro a rostro, y al través, y el duque se ofreció de hacerles jugar este día y todos lo que más estuvieron en Salamanca. Hizo el obispo gran banquete a resto, abierto a toda la corte, y allegábanse más caballeros y gente honrada que en parte ninguna de ella. Cesaron las fiestas hasta la noche por que el príncipe gastó toda la tarde en ver las escuelas y oyó algunas lecciones, y asistir a unas conclusiones que tuvo don Gaspar, hijo del conde Miranda. Vuelto a la posada comenzose el sarao; y no hubo revueltas de pajes porque ya los alcaldes habían proveído en que no llevase señor ninguno más de dos hachas, y que no metiesen armas ningunas en palacio.

El jueves siguiente, el príncipe, nuestro señor, fue a oír una repetición que hacía el bachiller Bezerra, hijo del doctor Moreno, su médico, para licenciado y fue toda la corte con él, y a esta causa su Alteza acabo de oír a todos los catedráticos que le restaban del día pasado y asistió a unas conclusiones que tuvo en derecho el licenciado don Diego de Córdoba. Y así salió muy tarde de aquí y, acabado de comer, fue junto con la princesa a la plaza, a ver la fiesta que le tenían de toros y juego de cañas. Salió el príncipe vestido un sayo de terciopelo negro recamado, con unas gorras de oro y la capa negra, con una guarnición de oro de canutillo bien ancha, calzas y jubón de carmesí, gorra negra de seda, pluma colorada a la gineteta.

La princesa, con saya negra recamada de oro de canutillo, un colete de red de oro a modo portugués, una cofia de red de oro tomada con piedras, los carcillos de dos piedras gruesas; vino en un palafrén guarnecido de carmesí con angavillas de plata, con doce damas ricamente vestidas y muchos caballeros.

Salieron en estas fiestas hasta trescientos y cincuenta de caballo con sus lanzas repartidos en dos cuadrillas a la manera del recibimiento y no diferenciaron las colores de las libreas del primer día, salvo que todos los caballeros las sacaron de seda con sus fluecos de oro en los capellanes y marlotas, y las de los escuderos fue de paño. Comenzaron los colorados a correr de dos en dos para donde estaban sus Altezas y volvieron entorno de la plaza, y lo mismo hicieron los blancos, y mezclárose después todo el tiempo que duraron los toros los cuales, aunque no fueron muy bravos, el uno de ellos hubiera de hacer harto daño, si Dios no lo estorbaba, y fue que al tiempo que salía con el primer ímpetu del corral, hallose en los cuernos del duque de Alba, que estaba descuidado, y derribolo a él y a su caballo en el suelo de que se sintió algo, pero presto, cobró salud.

Acabados los toros, comenzaron a jugar un poco aquellos caballeros, no con mucho calor ni orden. Lo que más pasatiempo dio fue un argadillo que estaba encima de la picota en que había muchas ruedas, unas contra otras, llenas de cohetes muy artificiosamente hechos, de los cuales se causaban tan grandes truenos como si fuera una batería muy de propósito y concertada. Duró esto casi toda la fiesta, la cual como se acabó, los príncipes se volvieron a su posada y comenzó luego el sarao donde danzaron muchos caballeros cortesanos que allí se hallaron por ver el casamiento. Los más principales de los cuales son los siguientes:

El duque de Medina Sidonia  
El duque de Alba  
El conde de Benabente  
El almirante de Castilla  
El marqués de Carralvo  
El marqués de gibra León  
El príncipe de Ascoli  
El conde de Nieblal  
El conde de Aguilar  
El conde de Baylén

El marqués de Astorga  
El duque de Escalona  
El conde de Salinas  
El conde de Fuensalida  
El marqués del Valle  
El conde de Luna  
El conde de Monterey  
El conde de Alba  
Don Pedro de Estúñiga  
El comendador mayor de León  
El comendador mayor de Castilla

El viernes siguiente no hubo otra fiesta más del juego de cañas, que hicieron los caballeros del duque de Medina, a la forma Jerezana doce a doce. Y salieron del un puesto de los azules el conde de Niebla y don Alonso Enríques, el de Sevilla; del otro, don Diego de Acevedo y Hernan davias y el conde de Bailén. Los unos salieron con marlotas y caperuzas y caparazones de terciopelo carmesí, y los otros con lo mismo de seda azul. Anduvieron muy buenos, cayó uno de ellos y perdonáronle los cañazos que acostumbran tirar al que no se tiene bien, por estar fuera de donde no tienen por mala esta pena. Hízose este juego a costa del duque, y así lo fue todo lo demás que en público estos caballeros sacaron. Y venían en esta jornada muchos a quien dio grandes sumas de dinero para jugar y, siendo esto así, cosa creedera, es que no hizo falta en todo lo necesario. El día siguiente hubo justa de doce a doce; capitaneaba la una cuadrilla don Diego de Acevedo y la otra [-], salieron de terciopelo azul cortado con parámetros de lo mismo y los otros de blanco, salieron entrambos bandos muy gentiles hombres de armas y muy galanes estuvieron los príncipes a ella. Hiciéronlo poco acertadamente. Llevaron las joyas de a mejor hombre de armas [-], demás gentil hombre don Alonso de Tejada, de mejor justador don Bernardino Manrique. Hubo esa noche sarao.

Domingo siguiente, en la tarde, el príncipe, nuestro señor, vio los más de los colegios y algunos monasterios dentro de la ciudad. Volvió en anocheciendo a palacio, comenzose luego el sarao y danzaron como solían muchos caballeros y damas y, cabado éste, los príncipes se pusieron a una ventana que cala sobre la puerta principal de su aposento, a donde ya estaba hecho un palenque y, a un cabo de él, un castillo de madera muy hermoso con muchos bustos de gigantes armados en las manos de él y, a vueltas de ellos, doce caballeros de los benedictinos puestos a punto para tornear. Había dentro tanta abundancia de cohetes y fuego que no parecía realmente sino fuerza que la entraban los enemigos a escala vista, tan grandes eran los truenos y tan espesos lo cohetes que subían por el aire, con grandísimo estruendo de atambores y trompetas, que se hundía toda aquella plaza. Duró esto grande espacio de tiempo sin cesar, hasta que asomaron los tomasinos cuyo capitán era don Diego de Acevedo con el mejor entremés que se puede decir. Venían hasta XXX soldados muy bien aderezados con sus picas en buena ordenanza, con sus atambores y pifaros de una librea. Todos traían en medio del esquadron una sierpe tan fiera que casi podía competir en grandeza con el castillo, era tanto el fuego que echaba por la boca y oídos que parecía horno de cal cuando la quemar, salían de ella tantos cohetes por el aire y tan altos que se perdían de vista, echábanlos tan fácilmente y tan sin embarazo, como si fuera en medio de un campo y se ayudaran de algún trabuco. Venía con tanto estruendo y ruido de truenos y relámpagos que parecía una gran tempestad de las que suelen hacerse; al fin de esto, fue cosa hermosísima de ver porque igualaba con el artificio la diligencia y abundancia de cohetería y arcabucería y de todos los otros materiales necesarios. Dentro de esta bestia venían doce caballeros armados y apunto de tornear, con sus ropas amarillas sobre las armas, y dieron sus vueltas de un cabo a otro de la plaza con toda esta furia, sin cesar un solo punto, y en esta sazón el castillo no daba con menos calor que al principio; viendo venir a los enemigos con esta aparato, antes se esforzaron los truenos y se renuevan los fuegos. Doblase la bocería y el son de los instrumentos comenzó a fortalecerse, y salieron luego tres caballeros con todo el denuedo que es necesario en las cosas arduas y de gran importancia con sobrevistas coloradas blandiendo sus lanzas a quien recibieron en las puntas de las suyas otros tres caballeros que de la gran bestia habían salido, y comenzose entre ellos una brava y temerosa contienda y quebradas las lanzas pusieron mano a las espadas con tanta



presteza y denuedo como si en la victoria particular de cada uno estuviera la libertad de algún gran reino. Acrecentábase el brío ver a los príncipes, que con grandísima atención tenían los ojos puestos en ellos, mayormente la princesa, nuestra señora, que gustó más de este regocijo que otro alguno. Acabado estos tres, salieron otros tantos de cada cabo, y así lo hicieron los que restaban por esta misma orden y en esta misma cantidad y acabada esta primera arremetida movieron juntos todos unos contra otros como habían hecho al principio y fue más de ver este segundo recuento porque la multitud mayor acrescentó el buen parecer. Anduvieron en esto muy grande espacio sin cesar en todo él los ejercicios del castillo y de la bestia, que en la verdad dieron mucha gracia a este torneo del cual llevó la joya de mejor torneador de más gentil hombre de armas.

Acabado el torneo, sus Altezas entraron y cenaron retirados esa noche y mandaron aperebir la partida para el día siguiente. Esta misma noche pidió el duque de Medina licencia a sus Altezas, la cual le dieron con mucha gracia y reconocimiento del servicio que les había hecho y así otro día salió de Salamanca antes que el príncipe.

Este mismo día lunes, partieron sus Altezas de Salamanca y fueron esa noche a las Villorias, y tardaron tres días en llegar a Medina porque se detuvieron el miércoles todo el día en una aldea a suplicación de la villa. Y por no haber acaecido en este tiempo cosa de que se deba hacer mención, paso por ello por decir el recibimiento que en Medina se les hizo, a la cual llegaron el jueves siguiente algo tarde. Y estando cerca de la villa comenzaron a salir los cinco sexmos que la villa tiene cada uno con su bandera a caballo vestidos de colorado y su danza tras sí, con gran número de gente que con ellas venía yendo, más adelante llegó a un bosque de pinos postizos que tenían hecho los camarrezes[?] de donde salieron muchos de ellos vestidos de verde con gran vocería y estruendo de bocinas, cargados de perros y ballestas, arrastrando ciertos hombres que traían vestidos pellejos de osos y de jabalíes y así, como llegaron los príncipes, soltaron una paloma viva y un conejo harto fríamente y con mucha risa de los portugueses y no sin causa por ser entremés no muy acertado para recibimiento. Hubo tantas carretas este día entoldadas llenas de mujeres, que puestas de un cabo y de otro del camino hacían una calle muy a compás hasta entrar en la villa, y esto fue lo que más fue de ver en este recibimiento. Después de esto, hubo ciertos carretones de oficiales adonde no se representó otra cosa sino la propia arte de cada uno, y así los herreros traían su yunque y martillos machando un hierro, y los tejedores un telar tejiendo, y los hortelanos una noria, los carpinteros sacaron un castillo muy bien hecho a la traza de la moza de Medina hasta doscientos soldados alrededor de él en un escuadrón combatiéronlo al pasar de sus Altezas, y con esto entraron en la villa. A la puerta de ella estaba un arco razonable sin otra invención más de una copla en que significaban como ella había libertado a su rey, estando opreso de sus contrarios, aludiendo aquellas disensiones de las guerras civiles en tiempo del Rey don Juan, el Segundo, de quien dice Mena vimos la furia civil de Medina etc. Aquí salió el regimiento vestido de muy buenas ropas de carmesí enforradas en raso carmesí con sayos de lo mismo y muchas y muy ricas cadenas de oro y tomaron a los príncipes debajo de un palio de brocado muy hermoso y comenzáronlos a llevar a la iglesia de sant Antolín; iba el príncipe a la mano izquierda y la princesa a la derecha, vestida de blanco; iban delante de ellos cuatro reyes de armas, dos portugués y dos castellanos; los portugueses se pusieron más cerca por mandado de su Alteza, no llevaba ninguno maza más de sus sayete de armas. Estaba a la entrada de la plaza otro arco algo más vistoso que el primero sin otra invención ni letra alguna más de una copla que glosaba el plus ultra de su majestad aplicándola al príncipe decía:

Plus ultra pues no teneis  
todo lo que mereceis.

De aquí dieron la vuelta por la plaza adelante, acompañados de toda la clerecía en procesión, y apeáronse en la iglesia donde después de hecha la solemnidad y oraciones acostumbradas salieron y atravesaron la plaza y a la salida de ella estaba otro arco a la forma del pasado sin letra ni otra cosa alguna que hablase. Dieron la vuelta sobre la mano izquierda por la platería y pasada la plazuela de San Juan, a la boca de la calle del doctor Beltrán, adonde estaba hecho el aposento de Luis Alcecas, estaba otro arco del mismo jaez de los pasados y sin letra ni otra cosa. Este arco tenía encima de la clave de él una

media casilla con una campana que después aprovechó para significar la venida de los justadores aventureros en una justa que después se hizo. Pasado este arco, los príncipes se apearon en su posada y no hubo aquella noche sarao por ser tarde y venir la princesa cansada. Estuvieron aquí esa noche y el día siguiente, que fue viernes, llovió muy bravamente y, con todo este mal tiempo, hubo una buena justa delante de palacio, en que fue mantenedor don Juan; quebráronse buen número de lanzas. Fue algo más acertada que la de Salamanca y a no estorbarlo el tiempo hicieron, muchas más fiestas que hicieron.

Aquí hubo grande debate entre los caballeros mayores, don Álvaro de Córdoba y Luis Sarmiento, sobre cual había de llevar el palio. Mandó el príncipe, nuestro señor, que le llevase Luis Sarmiento como hizo el de Salamanca por vía de buen respecto que se tuvo con él por contemplación de la princesa, pero no obstante esto, la causa quedó indecisa y para determinarse por derecho. Sábado siguiente, partieron de aquí y fueron a dormir a Tordesillas donde fueron recibidos de la reina, nuestra señora, con increíble placer y no acostumbrada alegría. Holgose con ellos y hízoles danzar delante de ella y preguntoles muchas cosas cerca de sus personas y casamiento con todo el concierto que se podría decir. Estuvieron esa noche allí y todo el domingo.

Lunes luego, de mañana, salieron de aquí y pasaron por Simancas, donde los recibieron con mucha salva de tiros gruesos de pólvora que tiraron de la fortaleza, cuya tenencias es del comendador mayor de León y, en llegando a la puerta de la villa, salieron muchos menestres altos y bajos y tras de ellos ocho regidores vestidos de grana con un palio de carmesí, con las goteras bordadas de escudos, con las armas reales y tomando a los príncipes debajo de él, lleváronlos por medio del lugar, el cual estaba todo, hasta salir del encapizado, con razonables paños; y a la entrada de la plaza estaba un arco razonable donde la princesa mandó que le quitasen la media litera de delante para que los del lugar la pudiesen ver, y así salió de él y pasada la puente estaba cercado un gran espacio de un prado, con tapias alrededor de razonable altura y de donde todos los que estaban a caballo podían ver lo que dentro se hacía. Llegando aquí, los príncipes repararon, y comenzaron a correr dos toros, que tenían dentro de este cercado cada uno por sí, y estos acabados, entraron hasta XX de caballo vestidos de blanco y comenzaron su juego de cañas razonablemente. Y como la noche venía a más andar los príncipes pasaron adelante acompañados de estos jugadores hasta laguna donde estuvieron esa noche aunque mal aposentados por dar espacio a Valladolid para acabar su recibimiento.

Otro día siguiente, partieron de aquí a la una después de mediodía. Llegaron bien temprano a Valladolid donde les tenían aparejado un gran recibimiento, el cual no escribo por ser de cosas muy particulares y aunque, porque otros estaban más holgados y sanos que yo, a la sazón venía, me quitaron de este trabajo, en eso que hay Vuestra Alteza ha visto, he hecho lo que he podido para cumplir con lo que se me ha mandado y tras de esto ni hay para qué pedir perdón de los yerros aunque no son pocos ni por qué temer las lenguas de los que en semejantes cosas suelen emplearse porque debajo de obedecer, ni hay culpa que culpe, ni acusación que no escuse, ni reprehensión que no acabe, ni escarnio que no ensalce, ni risa que no admire, y demás de esto, siendo este negocio tan propio de Vuestra Alteza como es quien osara no pasar lo a lo menos por razonable y de simular con lo que topare porque al fin, debajo de tan gran sombra, pocos defectos se podrán devisar aunque sean los ojos de lince. Bien sé que hubo algunas cosas que no vinieron a mi noticia, y otras muchas que se pudieran decir menos mal y del todo mejor, pero como esto sirve de ensayo para otras cosas más arduas, que podría ser que me cupiesen en suerte, no he sido tan curioso como pudiera. Entre tanto, Vuestra Alteza, reciba mi voluntad que bien se daba que saldrá libre de cualquier residencia que se le tome aunque sea monio el juez.

Transcripción de M<sup>a</sup> Margarita Conde Benavides

Fuente:

[http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/8\\_5\\_transcripcion\\_manuscrito2.shtml](http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/8_5_transcripcion_manuscrito2.shtml)